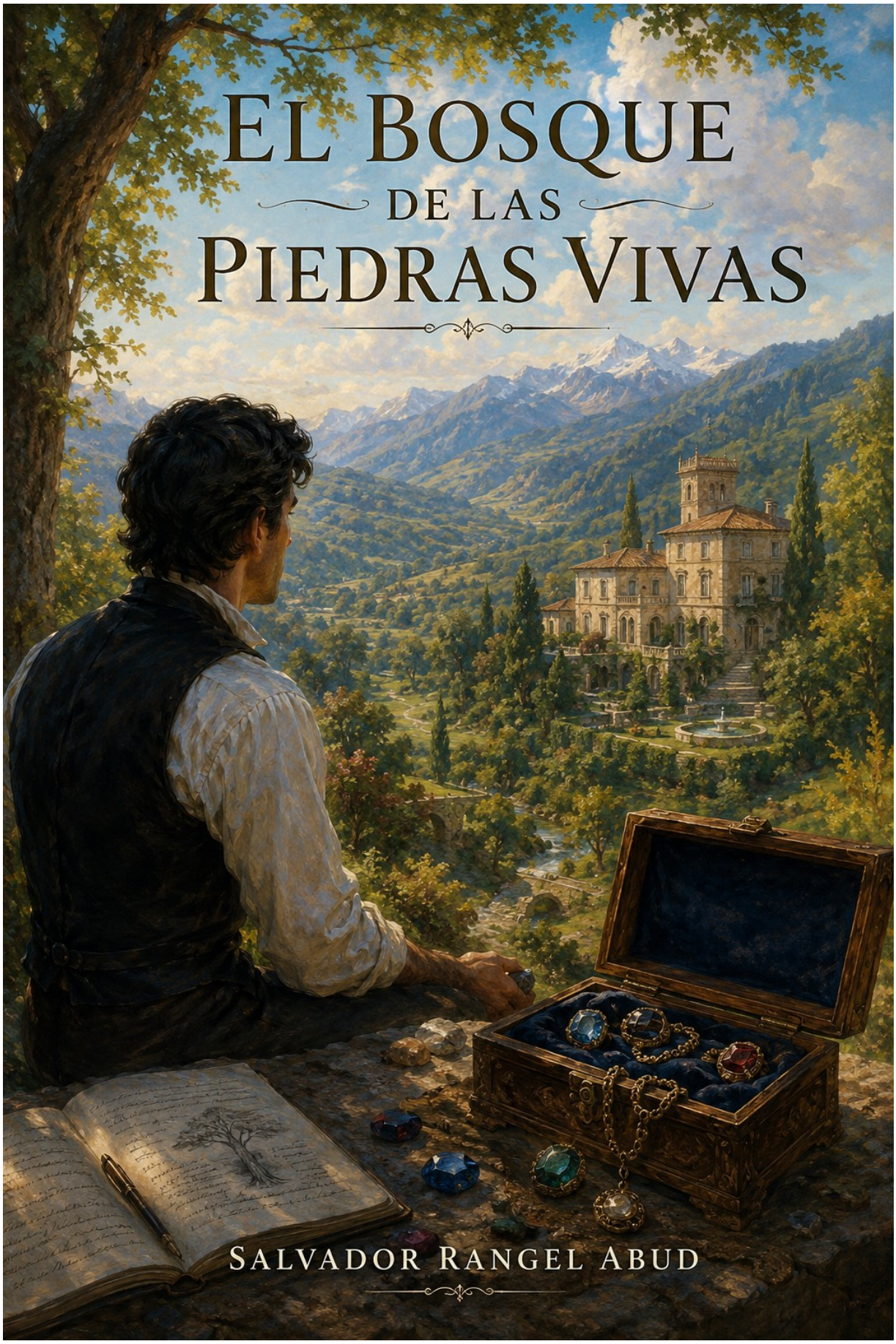
El Bosque
de las
Piedras Vivas
Salvador Rangel Abud

EL BOSQUE DE LAS PIEDRAS VIVAS

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

El bosque no era simplemente un lugar peligroso. Era un lugar herido, y la diferencia entre ambas cosas importa más de lo que parece.

En la Ciudad de México virreinal, un ladrón de nombre Bruno Bracamontes roba de la mansión de los Álvarez del Castillo un cofre de sándalo que contiene cinco piedras preciosas de una antigüedad y un poder que la familia nunca comprendió del todo. No deja rastro ordinario: deja un saco de cenizas con la forma exacta de las joyas, y un humo púrpura que marchita las flores y apaga las velas y ennegrece los retratos familiares. Y sobre los tejados de la ciudad comienza a caer una lluvia fina de ceniza que desciende con demasiada lentitud para ser natural.

El único dispuesto a seguirlo es Iñaki Mayagoitia, un joven de diecisiete años que ama los libros, los mapas y la geometría, y que no se considera un héroe. Precisamente por eso lo es.

Lo que encuentra al entrar al Bosque de las Ermitas no es únicamente un ladrón: es la historia de un hombre que entró al bosque buscando curar a su hermana y se perdió tan adentro de su propio dolor que olvidó que la buscaba. Y un poder que duerme bajo el bosque, sensible a la intención de quien lo llama, que Bruno lleva veinte años preparando para despertar.

El bosque de las piedras vivas es una novela de aventura y fantasía para lectores jóvenes y adultos, escrita en el espíritu de los grandes cuentos de Hans Christian Andersen: con melancolía sin sentimentalismo, con verdad moral sin moralizar, y con la convicción de que la claridad no consiste en destruir toda oscuridad, sino en impedir que la oscuridad gobierne el corazón.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene suspenso de intensidad creciente, un antagonista trágico cuya maldad nació del amor deformado por la desesperación, escenas de oscuridad psicológica apropiadas para lectores jóvenes y adultos, y un final que no resuelve todas las preguntas porque hay historias que se van terminando poco a poco, en distintos momentos y para distintas personas.

No contiene violencia explícita ni lenguaje inapropiado. Contiene, en cambio, esperanza ganada con esfuerzo, que es la clase de esperanza que vale la pena.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Es autor de más de doscientas dos novelas publicadas. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: El bosque de las piedras vivas

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela de fantasía y aventura / Literatura juvenil y adulta

Extensión: ~95,000 palabras aproximadamente

Estructura: Prólogo + 10 capítulos + Epílogo

Ambientación: Ciudad de México virreinal y el Bosque de las Ermitas

Idioma: Español

Año de publicación: 2026

Plataforma: Internet Archive — Acceso abierto

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que la literatura de aventura raramente hace con suficiente honestidad: ¿qué le ocurre al corazón de un hombre cuando convierte su dolor en poder, y qué le cuesta al mundo que lo rodea?

Bruno Bracamontes no es un villano. Es una advertencia. Y Iñaki Mayagoitia no es un héroe porque sea valiente. Es un héroe porque elige seguir caminando cuando todo el bosque le ofrece razones para detenerse.

Escribí esta historia pensando en los lectores jóvenes que merecen fantasía con verdad dentro, y en los lectores adultos que todavía recuerdan que esa clase de verdad fue la que los formó.

LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0

PALABRAS CLAVE

fantasía · aventura · literatura juvenil · México virreinal · bosque encantado · piedras preciosas · cuento · Hans Christian Andersen · magia · antagonista trágico · moraleja · novela en español · suspenso · crecimiento interior · bien y mal

---

TEMAS PRINCIPALES

Esta novela no trata sobre magia sino sobre intención, que es el único poder que las piedras más hermosas del mundo no pueden falsificar. A lo largo de sus diez capítulos y su prólogo y epílogo, *El bosque de las piedras vivas* explora el dolor convertido en obsesión y sus consecuencias sobre las personas y los lugares que rodean al que lo padece, la diferencia entre salvar y controlar, que parece enorme desde afuera y se vuelve invisible desde adentro, la amistad como forma de orientación moral cuando el mundo intenta convencernos de que estamos solos, la naturaleza como entidad con memoria propia que responde a lo que los humanos hacen con ella, y la idea de que la claridad no consiste en eliminar la oscuridad sino en impedir que la oscuridad gobierne el corazón.

CITAS DESTACADAS

"El bosque hacía que cada viajero viera aquello que más temía perder."

"Algunas personas se pierden tanto dentro de su dolor que ya no saben encontrar el camino de regreso. Aunque el camino esté allí. Aunque alguien se lo señale."

"Una felicidad construida sobre el engaño es otra forma de muerte."

"La oscuridad no puede destruirse del todo porque forma parte de las mismas cosas que forman la luz."

"Encender la vela. Empezar de nuevo. Recordar."

COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *El bosque de las piedras vivas* un territorio narrativo cercano, con el anclaje mexicano y el espíritu moral que le son propios.

Hans Christian Andersen (*La sirenita*, *La reina de las nieves*): la melancolía como instrumento narrativo, los antagonistas con motivaciones comprensibles, y los finales que no resuelven todo porque la vida tampoco lo hace.

J.R.R. Tolkien (*El hobbit*): el viaje iniciático de un protagonista que no se considera un héroe, con compañeros improbables y un antagonista cuya oscuridad tiene raíces comprensibles.

C.S. Lewis (*Las crónicas de Narnia*): la naturaleza como escenario moral, las piedras y los bosques como entidades con memoria y carácter, y la aventura como forma de educación del alma.

Arturo Pérez-Reverte (*El capitán Alatriste*): la prosa que no subestima al lector joven, el rigor histórico como marco de la ficción, y los personajes secundarios con vida propia.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Bruno Bracamontes entró al bosque buscando curar a su hermana. ¿En qué momento dejó de buscarla y empezó a buscar otra cosa? ¿Es posible señalar ese momento con precisión, o el cambio fue demasiado gradual para tener un instante exacto?

Cada zona del bosque ataca un aspecto distinto del alma de Iñaki: la vista, la memoria emocional, la voluntad, el descanso. ¿Cuál de esas pruebas le parecería más difícil de superar? ¿Por qué?

Don Tacho acompaña a Iñaki durante todo el viaje pero no entra a la torre. ¿Por qué cree usted que el autor tomó esa decisión? ¿Qué cambia en la escena final si Don Tacho hubiera estado presente?

El diamante queda partido en el cofre, con su cicatriz de fractura visible desde cierto ángulo. La novela afirma que eso también vale. ¿Está de acuerdo? ¿Conoce en su propia vida objetos, relaciones o proyectos que valgan más por haber sido rotos y reparados que por haber permanecido intactos?

El epílogo no confirma si Bruno murió en la torre o sobrevivió. ¿Preferiría saberlo? ¿Qué dice esa preferencia sobre usted como lector?

CÓMO CITAR ESTA OBRA

APA: Rangel Abud, S. (2026). *El bosque de las piedras vivas*. Internet Archive. https://archive.org

MLA: Rangel Abud, Salvador. *El bosque de las piedras vivas*. Internet Archive, 2026.

Chicago: Rangel Abud, Salvador. *El bosque de las piedras vivas*. Internet Archive, 2026.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de doscientas dos novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela de neurodiversidad, la comedia negra, la ciencia ficción, la sátira política, la crónica costumbrista, la fábula ética, la comedia eclesiástica, el drama psicológico histórico, el thriller médico de denuncia, la comedia romántica, el thriller psicológico clínico, la novela bucólico-costumbrista, el thriller de

intriga familiar, la ficción onírica, la ciencia ficción de base científica, la ficción especulativa de denuncia política y —como demuestra esta entrega — la novela de fantasía y aventura para lectores jóvenes y adultos escrita en el espíritu de los grandes cuentistas universales.

Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

MENSAJE FINAL

Hay una pregunta que esta novela lleva escondida desde el prólogo hasta la última línea del epílogo, y que ningún personaje formula directamente porque las mejores preguntas no necesitan formularse para hacerse sentir: ¿qué hace una persona con su dolor cuando el dolor es demasiado grande para caber en una sola vida?

Bruno Bracamontes eligió convertirlo en poder. Iñaki Mayagoitia eligió convertirlo en camino. El bosque lleva siglos viendo cómo los seres humanos hacen esa elección una y otra vez, con distintos nombres y distintas piedras preciosas y la misma urgencia de siempre.

La respuesta que esta novela propone no es heroica ni simple. Es encender la vela. Empezar de nuevo. Recordar.

Que es, al final, lo único que cualquiera de nosotros puede hacer con la oscuridad que le toca.

ÍNDICE

PRÓLOGO: El Visitante de las Sombras
CAPÍTULO 1: El Juramento del Mancebo
CAPÍTULO 2: El Umbral del Bosque de las Ermitas
CAPÍTULO 3: El Laberinto de las Esmeraldas
CAPÍTULO 4: La Niebla del Zafiro y el Aroma del Hogar
CAPÍTULO 5: El Río de las Perlas Congeladas
CAPÍTULO 6: El Muro de Fuego de los Rubíes
CAPÍTULO 7: El Sueño de la Amatista
CAPÍTULO 8: La Guarida de Bracamontes y el Poder del Diamante
CAPÍTULO 9: El Espejo de la Justicia
CAPÍTULO 10: El Regreso y la Verdadera Joya

EPÍLOGO: El Legado de la Aventura

EL BOSQUE DE LAS PIEDRAS VIVAS

Por Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

El visitante de las sombras

Mansión de los Álvarez del Castillo, Ciudad de México. Una noche de noviembre.

La noche en que Bruno Bracamontes cruzó los tejados de la ciudad, la mansión de los Álvarez del Castillo ardía en velas como si quisiera convencer a alguien de que el mundo era seguro.

Abajo, en el salón principal, las parejas giraban al compás de los violines y las bandejas de plata circulaban entre risas y perfumes. La luz de los candelabros hacía que los espejos parecieran ventanas abiertas hacia otro mundo más dorado y menos frío. Doña Lucrecia Álvarez del Castillo presidía el baile con la solemnidad de quien cree custodiar no solo riquezas, sino la dignidad completa de un linaje. Llevaba al cuello una gargantilla de rubíes que su bisabuela había traído de España, y en sus ojos había esa expresión particular de las personas que confunden la belleza que poseen con la belleza que son.

—Esta noche la casa brilla como nunca —le murmuró al oído su doncella Remedios mientras le acomodaba un rizo sobre la frente.

—La casa brilla como siempre —respondió doña Lucrecia sin apartar la vista del salón—. Lo que cambia es que esta noche hay gente suficiente para verlo.

Nadie en el salón miró hacia el techo.

Arriba, una sombra delgada y silenciosa avanzaba sobre las tejas con la naturalidad de un animal que conoce de memoria cada grieta del mundo. Bruno Bracamontes no era un ladrón común que busca en la oscuridad lo que los demás guardan bajo llave. Era algo más extraño y más antiguo que eso. Sus manos conocían el hollín de todas las chimeneas de la ciudad, y sus pies conocían el idioma de las tejas mojadas, que es un idioma sin palabras hecho de equilibrio y paciencia. Nadie lo había visto nunca de cerca. Algunos decían que era capaz de hablar con las raíces de los árboles. Otros afirmaban que sus ojos podían leer en las cenizas lo que el fuego había consumido. Todos, cuando pronunciaban su nombre, bajaban involuntariamente la voz.

Se detuvo sobre una chimenea apagada.

Desde allí arriba, la ciudad parecía un mapa de luces flotantes. Las iglesias levantaban sus torres hacia la noche como dedos que señalaran algo invisible. Los faroles de las calles parpadeaban con el viento frío de noviembre. Y en medio de todo eso, la mansión de los Álvarez del Castillo brillaba como una joya rodeada de oscuridad, sin saber que era exactamente eso lo que la hacía peligrosa.

Bruno esperó.

Contó los violines. Contó los pasos de los criados. Contó los intervalos entre una pieza musical y la siguiente. Cuando la música subió de volumen y los aplausos cubrieron todos los demás sonidos, se deslizó por el interior de la chimenea con la precisión de alguien que lleva muchos años practicando el arte de descender.

La alcoba de doña Lucrecia estaba en el tercer piso, lejos del bullicio del salón. Era una habitación que olía a alcanfor y a rosas secas, amueblada con la gravedad de quien cree que el lujo es una obligación moral. En el centro, sobre una mesa de caoba oscura, descansaba el cofre de sándalo.

Bruno se detuvo frente a él.

El cofre no era únicamente un joyero elegante. Era un objeto cargado de historia y de cuidado, construido por manos que sabían que ciertas bellezas no deben tocarse sin respeto. Tenía grabadas en la tapa unas flores pequeñas y precisas que parecían crecer hacia adentro, como si protegieran algo que vivía en el interior. Y las joyas que guardaba, cinco piedras de extraordinaria calidad, brillaban con una luz que no era únicamente el reflejo de las velas. Era algo más profundo, más inquieto, como si cada piedra guardara en su interior una chispa que esperaba ser despertada por las manos correctas.

O por las incorrectas.

Bruno murmuró algo antes de tocar el cofre. No era una oración ni un conjuro reconocible. Sonaba más a crujido de raíces que a lengua humana, como si hablara con algo que no tiene oídos pero que escucha de todas maneras.

—Ya vine —dijo en voz muy baja—. Ya estoy aquí.

Las piedras respondieron con un brillo apenas perceptible, un latido lento y silencioso como el de un corazón que duerme y reconoce, incluso dormido, una voz que conoce.

Entonces tomó el cofre.

En su lugar dejó un saco de cenizas calientes que había traído consigo con la misma delicadeza con que se transporta algo frágil y valioso. Las cenizas conservaban la forma exacta de las joyas robadas, como si fueran sus restos consumidos por un fuego que no dejaba humo ni olor, solo la memoria perfecta de la forma. Era un intercambio grotesco y preciso, la clase de crueldad que solo puede cometer alguien que entiende profundamente aquello que destruye.

Regresó por donde había venido.

La música todavía sonaba abajo cuando doña Lucrecia subió a su alcoba a buscar un mantón. Encontró el saco donde debía estar el cofre y en un primer momento no comprendió lo que veía. Lo tomó entre las manos sin sospechar todavía el engaño.

—¿Remedios? —llamó hacia el pasillo—. ¿Remedios, has movido el cofre?

Nadie respondió. La doncella estaba abajo sirviendo a los invitados.

Doña Lucrecia examinó el saco con creciente desconcierto. Era de tela ordinaria, atado con un cordel sin gracia, completamente ajeno al orden cuidadoso de su alcoba. Lo abrió apenas, y en ese instante el interior soltó un humo de color púrpura que no olía a nada conocido.

—Dios mío —susurró, y retrocedió dos pasos.

No era el humo de la madera ni de ninguna hierba. Era un humo que parecía tener voluntad propia, que se movía con demasiada lentitud y demasiada dirección para ser natural. Las flores que adornaban el tocador se marchitaron al contacto con él. Las velas se apagaron una por una, comenzando por las más lejanas y avanzando hacia el centro de la habitación como si algo invisible caminara entre ellas extinguiéndolas con sus dedos. Los retratos familiares que colgaban de las paredes parecieron ennegrecerse bajo aquella presencia, como si la oscuridad no llegara desde afuera sino que emergiera desde dentro de los marcos.

—¡Auxilio! —gritó doña Lucrecia entonces, con una voz que ya no tenía nada de la solemnidad del salón—. ¡Han robado el cofre! ¡Han entrado en mi alcoba!

El grito llegó hasta el salón entre los compases del último vals.

Los criados corrieron escaleras arriba. Los músicos se detuvieron. Los invitados se miraron unos a otros con esa expresión particular de quienes comprenden que algo ha salido irremediablemente mal pero todavía prefieren no admitirlo. Don Leopoldo, el señor de la casa, subió los escalones de tres en tres con dos velas en la mano y el rostro descompuesto.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás herida? —preguntó al entrar.

—El cofre —dijo doña Lucrecia señalando la mesa vacía—. Ha desaparecido. Todo ha desaparecido.

Don Leopoldo recorrió la alcoba con las velas en alto. Vio el saco, el humo que ya se disipaba lentamente, las flores muertas, las velas apagadas. Se volvió hacia los criados que se agolpaban en el umbral.

—¿Alguien ha visto entrar a un extraño? —preguntó con voz que intentaba sonar firme y no lo conseguía del todo.

El silencio fue la única respuesta.

Uno de los criados más jóvenes, un muchacho de nombre Abundio que esa noche cumplía su primer mes al servicio de la familia, llegó hasta la ventana de la alcoba y miró hacia afuera buscando al culpable. Lo encontró en el lugar más inesperado.

—Señor —dijo en voz muy baja—. Señor, mire usted allá arriba.

Sobre el muro más alto de la mansión, perfectamente inmóvil contra el cielo de noviembre, estaba la silueta de un hombre delgado. En una mano sostenía el cofre de sándalo. En la otra, una esmeralda que emitía un resplandor verde y enfermizo, demasiado intenso para ser el reflejo de ninguna luz cercana.

—¡Deténganlo! —ordenó don Leopoldo—. ¡Que alguien llame a los guardias!

Pero nadie se movió con verdadera prisa. Había en aquella silueta algo que paralizaba: no el miedo ordinario ante un ladrón, sino algo más antiguo y más difícil de nombrar. La certeza de que ese hombre, allá arriba, no estaba huyendo. Estaba esperando. Por un momento, Abundio pensó que lo miraba directamente a los ojos. No con amenaza ni con burla, sino con algo más desconcertante: con la tranquilidad de quien ha terminado exactamente lo que se había propuesto.

—Ya nos vemos —pareció murmurar la silueta, aunque desde esa distancia era imposible escuchar nada.

Después desapareció entre los tejados.

Y sobre las calles, los balcones y las torres de las iglesias de la ciudad comenzó a caer una lluvia fina de ceniza que descendía tan lentamente que parecía estar pensando cada paso, como si la noche misma hubiera empezado a deshacerse en silencio.

Abundio observó cómo los copos grises cubrían el empedrado, cómo apagaban los faroles y se depositaban sobre las flores de los balcones. Y

aunque en ese momento no podía saberlo, aunque nadie en toda la ciudad podía saberlo todavía, aquella ceniza era el comienzo de una historia que terminaría en un lugar donde los árboles recuerdan y las piedras hablan y el corazón de un hombre puede convertirse, con los años y el dolor suficientes, en algo que ya no reconoce su propio nombre.

CAPÍTULO 1

El juramento del mancebo

Mansión de los Álvarez del Castillo, Ciudad de México. La mañana siguiente al robo.

La mañana que siguió al robo olía todavía a humo púrpura.

Era un olor difícil de describir, porque no se parecía a nada que hubiera ardido antes en aquella casa. No era el humo familiar de la chimenea ni el de las velas consumidas ni el de la cocina trabajando desde el amanecer. Era algo más quieto y más frío, como el recuerdo de un incendio que ocurrió hace mucho tiempo en un lugar que ya no existe. Los criados lo habían percibido desde que abrieron las primeras ventanas y no habían dicho nada, porque hay olores que se prefiere ignorar con la esperanza de que desaparezcan solos.

No desapareció.

Las autoridades llegaron poco después del desayuno: dos alcaldes de barrio con sus escribanos, cuatro soldados con mosquetes que no sabían hacia dónde apuntar, y un alguacil mayor de apellido Pizarro que recorría los salones con las manos entrelazadas a la espalda y una expresión de profunda incomodidad en el rostro. Don Leopoldo los acompañaba en silencio, señalando aquí y allá sin levantar demasiado el brazo, como si hasta los gestos le costaran esa mañana más de lo habitual.

—¿Han encontrado algún rastro del individuo? —preguntó el alguacil Pizarro ante la chimenea del tercer piso, examinando las marcas de hollín en el interior con el mismo interés con que examinaría algo que preferiría no tocar.

—Ninguno —respondió don Leopoldo—. Desapareció sobre los tejados. Mis hombres revisaron hasta el amanecer.

—¿Y el nombre que mencionaron anoche? ¿Bruno Bracamontes?

Don Leopoldo bajó la voz de manera casi imperceptible.

—Es lo que dicen los criados. Yo no puedo confirmarlo.

El alguacil asintió lentamente, como quien anota algo en un libro interior que nadie más tiene permiso de leer.

—Ese nombre —dijo al fin— no es el primero que me llega. Ha habido otros robos en los últimos meses. Siempre joyas. Siempre de noche. Siempre sin testigos directos. —Hizo una pausa—. Nadie ha conseguido seguirle el rastro.

—¿Y eso significa que nadie lo intentará? —preguntó don Leopoldo.

El alguacil Pizarro no respondió de inmediato. Miró la chimenea, miró el techo, miró sus propias manos entrelazadas.

—Significa —dijo finalmente— que es un asunto que requiere prudencia.

Iñaki Mayagoitia escuchó esa conversación desde el umbral del pasillo, donde se había detenido con una taza de chocolate que nadie le había pedido y que él mismo había olvidado que sostenía. No pertenecía plenamente al mundo de aquella casa. Era el sobrino segundo de don Leopoldo, un joven de diecisiete años que vivía en la mansión desde los once, cuando su padre murió de una fiebre que los médicos no supieron nombrar y su madre se marchó a Puebla a casa de sus propios parientes. Era inteligente y sensible, amaba los libros, la geometría, los mapas y las historias de viajeros, y precisamente por eso comprendía, mejor que los soldados con sus mosquetes inútiles, la magnitud de lo que acababa de escuchar.

Prudencia. El alguacil mayor de la ciudad había usado la palabra prudencia para decir que nadie perseguiría a Bruno Bracamontes.

Dejó la taza sobre una repisa del pasillo y bajó al patio.

Alondra y Alva lo encontraron allí, sentado en el borde de la fuente con los codos sobre las rodillas y la vista fija en el agua quieta. Las dos amigas eran hijas de una familia vecina que frecuentaba la mansión desde antes de que Iñaki llegara a ella. Alondra tenía dieciséis años y una manera de escuchar que hacía sentir a la gente que sus palabras valían más de lo que creían. Alva tenía quince y una inteligencia tan rápida y tan clara que a veces incomodaba a los adultos, que preferían la inteligencia cuando se presenta despacio y pide permiso.

—¿Qué piensas? —preguntó Alondra, sentándose a su lado.

—Pienso que nadie va a ir —dijo Iñaki.

—¿A buscar el cofre?

—A buscar nada. —Levantó la vista del agua—. El alguacil tiene miedo. Los soldados tienen miedo. Don Leopoldo tiene miedo. Todos saben el nombre de ese hombre y todos prefieren no pronunciarlo demasiado fuerte.

Alva se quedó de pie frente a ellos, con los brazos cruzados y una expresión que no era exactamente preocupación sino algo más parecido a la concentración.

—Hay algo que no entiendo —dijo—. ¿Por qué dejar las cenizas con la forma exacta de las joyas? Un ladrón común no hace eso. Un ladrón común toma lo que quiere y desaparece. Eso fue... otra cosa.

—Un mensaje —dijo Iñaki.

—¿Para quién?

Iñaki no respondió de inmediato. Pensó en la silueta sobre el muro, en el humo púrpura que todavía flotaba por los corredores, en la manera en que el alguacil había bajado la voz al pronunciar aquel nombre.

—No lo sé todavía —admitió.

Permanecieron los tres en silencio durante un momento. En el salón principal se escuchaban todavía los pasos de los soldados y el rasgueo de la pluma del escribano levantando el acta del robo, ese documento cuidadoso e inútil que las autoridades producen cuando no tienen intención de hacer nada más.

Fue entonces cuando don Leopoldo apareció en el arco del patio. Tenía el rostro de quien ha tomado una decisión difícil y la ha tomado demasiado tarde. Miró a Iñaki con una expresión que el joven no le había visto nunca: no era la mirada del tutor que examina al pupilo, sino algo más parecido a la desesperación de un hombre que ha comprendido que sus propias fuerzas no alcanzan.

—El alguacil dice que enviará una comunicación a las autoridades del camino real —dijo desde el arco—. Dice que investigarán.

—¿Y usted le cree? —preguntó Iñaki.

Don Leopoldo no respondió. Eso era ya una respuesta.

Iñaki se puso de pie. Le temblaba ligeramente la voz cuando habló, pero la sostuvo con las dos manos como se sostiene una vela en el viento.

—Yo iré —dijo.

Don Leopoldo lo miró fijamente.

—Iñaki…

—No soy un soldado. No tengo mosquete ni autoridad ni experiencia en nada que no sean libros y mapas. —Hizo una pausa—. Pero sé leer mapas. Y sé que nadie más va a moverse.

—Es peligroso de maneras que no comprendes todavía —dijo don Leopoldo.

—Lo sé. Por eso es necesario que alguien vaya.

El silencio que siguió fue de los que pesan. Alondra miraba a Iñaki con esa manera suya de escuchar que convertía hasta el silencio en algo que merecía ser escuchado. Alva tenía los ojos entrecerrados, pensando en algo que todavía no había dicho.

Don Leopoldo al final asintió, muy lentamente, como quien firma un papel que sabe que no podrá cancelar.

Esa tarde, mientras Iñaki preparaba su bolsa de viaje en el cuarto del tercer piso, Alondra subió a buscarlo. Traía en la mano un pañuelo bordado con flores pequeñas de hilo azul, doblado con el cuidado de quien entrega algo que no tiene precio en ningún mercado.

—Es del jardín de mi casa —dijo—. Mi abuela bordó esas flores hace muchos años. Guárdalo contigo.

Iñaki lo tomó sin decir nada, porque a veces las palabras son una manera de empequeñecer lo que se recibe. Lo dobló con cuidado y lo guardó en el bolsillo más cercano al pecho.

Poco después llegó Alva. Traía en la palma de la mano un relicario de oro, pequeño y gastado por el uso, con el grabado de un sol radiante en la tapa.

—Perteneció a una bisabuela mía que, según dicen, conocía secretos sobre las piedras preciosas —explicó con su voz directa y sin adornos—. No sé si eso es verdad o es de esas historias que las familias inventan para sentirse más interesantes. Pero el grabado es real y el oro es real, y si en algún momento necesitas orientarte, la luz se refleja en él de una manera que he comprobado que funciona.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Iñaki.

—Porque lo he probado —dijo Alva, como si fuera la respuesta más obvia del mundo.

Iñaki sostuvo el relicario en la mano un momento. Era pequeño y pesaba más de lo que su tamaño prometía, como todas las cosas que han sido cargadas con afecto durante mucho tiempo.

—Gracias —dijo.

—Regresa —dijo Alva. Y en esa sola palabra puso todo lo que no iba a añadir.

Partió antes del amanecer, cuando la ciudad dormía todavía bajo una capa delgada de niebla que hacía que las calles parecieran el fondo de un río tranquilo. Llevaba su bolsa de viaje, los dos objetos que le habían entregado sus amigas, un mapa trazado a mano que había copiado de uno más antiguo en la biblioteca de don Leopoldo, y una linterna pequeña cuya llama parpadeaba con el paso pero no se apagaba.

Cuando llegó a la primera esquina fuera de la mansión, se detuvo.

En el empedrado, perfectamente visible bajo la luz gris del amanecer, había una larga huella de hollín que apuntaba directamente hacia las afueras de la ciudad. Era continua, precisa, demasiado ordenada para ser accidental. Seguía la dirección del camino real hacia el norte, hacia los bosques que los viajeros mencionaban en voz baja y los mapas señalaban con nombres que nadie había elegido alegres.

Iñaki la observó durante un momento largo.

Comprendió entonces algo que le heló la sangre de una manera extraña, no como el frío del miedo ordinario sino como el frío de una certeza que llega de golpe y ya no puede devolverse: Bruno Bracamontes no había escapado en la oscuridad buscando perderse. Había dejado ese rastro a propósito. Lo había trazado con la misma deliberación con que un maestro escribe la primera línea de una lección.

No solo había escapado.

Quería ser seguido.

Iñaki guardó esa comprensión en algún lugar interior donde las cosas importantes esperan a ser entendidas del todo, ajustó la correa de la bolsa sobre el hombro, y comenzó a caminar.

CAPÍTULO 2

El umbral del bosque de las ermitas

El camino real hacia el norte. Atardecer del primer día de viaje.

El camino real hacia el norte era ancho y bien trazado en sus primeras leguas, con sus piedras parejas y sus cruces de madera en cada cruce, y sus casas de adobe apareciendo de tanto en tanto a los lados como personas que se asoman a ver pasar a alguien sin atreverse a salir del todo. Iñaki avanzó toda la mañana a buen paso, siguiendo la huella de hollín que Bruno había dejado sobre el empedrado con la misma deliberación con que un maestro traza una línea en la pizarra antes de comenzar la lección.

La huella duró hasta el primer pueblo.

Después desapareció, como si el suelo de tierra apisonada hubiera decidido no guardar más secretos de ese hombre. Pero Iñaki no necesitó la huella para saber hacia dónde seguir. Cada persona que encontró en el camino, cada arriero con su mula cargada, cada mujer que lavaba ropa en el borde de una acequia, cada par de viajeros que descansaban a la sombra de un ahuehuete, todos sin excepción miraban hacia el norte con esa expresión particular de quien conoce un peligro y ha decidido hace tiempo que lo más sensato es no mencionar su nombre.

Iñaki lo mencionó.

—Busco el Bosque de las Ermitas —le dijo a un arriero de bigotes blancos que descansaba junto a su mula en el borde del camino—. ¿Cuánto falta?

El hombre lo miró de arriba a abajo con la calma de quien ha vivido suficiente para no sorprenderse de casi nada, y luego miró la mula, como consultándola.

—Media jornada larga —dijo al fin—. Si camina usted de prisa y no se distrae.

—¿Ha estado usted allí?

—He pasado cerca. —El arriero acomodó un fardo sobre el lomo de la mula sin apresurarse—. Nadie pasa por dentro si puede evitarlo. El camino real rodea el bosque por el lado del poniente. Tarda uno más, pero duerme mejor.

—¿Qué hay dentro que no deje dormir?

El hombre se persignó con un gesto breve y automático, de los que ya no requieren pensamiento.

—Cosas que no debería haber —dijo—. Y algunas que sí deberían pero ya no están como eran. —Tomó las riendas de la mula—. Que le vaya bien, muchacho.

Y siguió su camino hacia el sur sin volver la cabeza.

Conforme Iñaki avanzó durante la tarde, el paisaje fue cambiando de una manera que era difícil de señalar con el dedo pero imposible de ignorar. No era que los árboles se volvieran más grandes ni que el cielo se oscureciera antes de lo normal. Era algo más sutil: una especie de silencio que crecía lentamente, no como el silencio agradable de un campo tranquilo sino como el silencio de un lugar que ha decidido no decir nada hasta que se le pregunte directamente. Los pájaros seguían cantando, los insectos seguían zumbando, el viento seguía moviendo las hojas, pero todo eso parecía ocurrir un poco más lejos que antes, como detrás de un cristal muy fino.

Y los árboles del horizonte crecían inclinados hacia el interior.

Iñaki los había visto en los mapas. Había leído sobre ellos en dos libros de la biblioteca de don Leopoldo, ambos escritos por hombres que describían el bosque desde la distancia prudente del estudioso que prefiere no comprobar sus propias teorías. Los libros lo llamaban simplemente el Bosque de las Ermitas, en referencia a tres capillas de piedra que alguna orden religiosa había construido en su interior siglos atrás y que nadie había vuelto a visitar desde que la orden desapareció sin dejar registro claro de su desaparición. Los libros no explicaban por qué los árboles crecían inclinados. Uno de ellos lo mencionaba de pasada, como detalle pintoresco. El otro no lo mencionaba en absoluto, lo cual era todavía más inquietante.

Iñaki llegó al borde del bosque cuando el sol estaba a dos palmos del horizonte y la luz tenía ese color anaranjado y horizontal que hace que todo parezca más serio de lo que es, o exactamente tan serio como es, dependiendo de quién mire.

Y allí, a unos cincuenta pasos de la primera línea de árboles, encontró la choza.

Era pequeña y baja, construida con piedra de campo y techo de paja, con una sola ventana y una puerta que estaba entreabierta como si el habitante hubiera salido un momento y esperara volver pronto. Alrededor de ella crecían plantas que Iñaki no supo nombrar, algunas con flores de colores que no tenían equivalente en ningún jardín que él hubiera visto, y en la pared exterior colgaban, atadas con cordeles de distintos grosores, una docena de cosas que desde lejos parecían amuletos y desde cerca seguían pareciendo amuletos pero de una clase más antigua y más seria que los que vendían en los mercados de la ciudad.

Antes de que pudiera decidir si llamar o seguir de largo, la voz llegó desde adentro.

—Entre usted. Lleva media hora mirando la puerta.

Iñaki entró.

El interior de la choza olía a corteza de árbol y a algo mineral que no supo identificar. Había una mesa, dos sillas, una cama angosta y una cantidad de objetos dispuestos sobre repisas de madera sin pulir que habrían requerido varias horas de examen cuidadoso para ser descritos con justicia. Sentado junto a la ventana, con un cuenco de barro entre las manos del que salía un vapor silencioso, había un anciano de edad imposible de calcular. Tenía el pelo completamente blanco y los ojos de un color que cambiaba según desde dónde se le mirara, entre gris claro y verde oscuro, como el agua de un río en distintos momentos del día.

—Siéntese —dijo el anciano, señalando la silla vacía frente a él—. ¿Quiere algo caliente?

—No, gracias. —Iñaki se sentó—. ¿Cómo sabía que llevaba media hora ahí fuera?

—La sombra —dijo el anciano—. La sombra de una persona que duda tiene una forma muy particular. —Bebió del cuenco con calma—. ¿Busca usted el cofre de los Álvarez del Castillo?

Iñaki lo miró fijamente.

—¿Cómo sabe eso?

—Porque anoche pasó por aquí el único hombre que podría haberlo tomado, y esta mañana pasó un muchacho con cara de no haber dormido siguiendo una huella de hollín. No hace falta ser adivino. —El anciano dejó el cuenco sobre la mesa—. Me llamo Eustaquio. He vivido aquí treinta y dos años. Soy, en toda esta región, la persona que más sabe sobre ese bosque y sobre las cosas que hay dentro de él. También soy, probablemente, la persona que menos desea que usted entre.

—¿Por qué?

—Porque los que entran no suelen salir de la misma manera en que entraron. —Lo miró con una seriedad que no era amenaza sino algo más parecido a la tristeza de quien ha visto demasiadas veces lo mismo—. Y usted parece ser alguien que todavía valdría la pena conservar.

—Tengo que recuperar el cofre —dijo Iñaki.

—Lo sé. Por eso va a escucharme antes de entrar.

El anciano Eustaquio se puso de pie con la lentitud característica de los cuerpos que han aprendido a no desperdiciar movimientos, fue hasta una de las repisas y trajo consigo un objeto envuelto en tela marrón que desdobló sobre la mesa con cuidado de cirujano. Era un libro pequeño, manuscrito, con las tapas de cuero tan gastadas que el título de la portada había desaparecido por completo.

—Las joyas que robó Bruno Bracamontes —dijo Eustaquio sentándose de nuevo— no son únicamente objetos valiosos. Son lo que queda de algo mucho más antiguo. Hace trescientos años, una orden de hombres que

entendían ciertas cosas sobre la naturaleza de las piedras preciosas reunió estas cinco joyas con un propósito específico: contener un poder que existe bajo este bosque. Un poder que no es bueno ni malo por sí mismo, sino enormemente sensible a la intención de quien lo toca. Esos hombres construyeron las tres ermitas que le dan nombre al bosque. Y cuando la orden desapareció, las joyas pasaron de mano en mano hasta llegar, hace cuatro generaciones, a la familia Álvarez del Castillo, que nunca supo exactamente qué custodiaba.

Iñaki escuchaba sin interrumpir. Había aprendido que las personas que saben cosas importantes las dicen mejor cuando no se les interrumpe.

—Bruno Bracamontes lo sabe —continuó el anciano—. Lo sabe desde hace muchos años. Y eso lo hace mucho más peligroso que un ladrón ordinario, porque no busca vender las joyas ni coleccionarlas ni exhibirlas. Busca usarlas. Para algo que lleva años preparando en el interior del bosque.

—¿Qué cosa? —preguntó Iñaki.

Eustaquio lo miró durante un momento antes de responder.

—Despertar lo que duerme debajo —dijo—. Y obligarlo a obedecer.

El silencio que siguió tenía el peso particular de las afirmaciones que uno preferiría no haber escuchado porque ya no pueden dejar de oírse.

—¿Y es posible? —preguntó Iñaki al fin.

—Con las cinco joyas y el tiempo suficiente, quizás. —El anciano volvió a tomar su cuenco—. Pero hay algo más que debe saber sobre Bruno antes de entrar a buscarle. Ese hombre no empezó siendo lo que es ahora. Entró al bosque por primera vez hace más de veinte años buscando algo completamente distinto.

—¿Qué buscaba?

—Una cura. —Eustaquio miró el vapor que salía del cuenco—. Tenía una hermana menor que se consumía de una enfermedad que los médicos no sabían tratar. Entró al bosque porque alguien le había dicho que en su interior existía un poder capaz de sanar lo que la medicina no puede. Y ese poder existe. Pero las piedras no distinguen entre el deseo de sanar y el deseo de controlar. Ambos nacen del mismo miedo: el miedo a la pérdida. Y ese miedo, cuando se alimenta demasiado tiempo, termina por convertirse en otra cosa.

Iñaki pensó en eso durante un momento.

—¿Su hermana murió?

—Sí —dijo el anciano simplemente.

—¿Y él siguió en el bosque?

—Él siguió en el bosque.

Iñaki asintió muy despacio. Miró por la ventana hacia la línea oscura de los árboles que ya empezaban a confundirse con el cielo del atardecer.

—¿Puede decirme cómo entrar? —preguntó.

—Puedo —dijo Eustaquio—. Aunque preferiría no hacerlo. —Se puso de pie de nuevo y fue hasta la ventana, mirando el bosque con una expresión que Iñaki no supo leer del todo—. Hay cosas que debe saber antes. El bosque reacciona de manera distinta según la región. Cada zona responde a una de las piedras robadas. En la primera zona encontrará las esmeraldas, que alteran la percepción visual. Lo que ve no será necesariamente lo que hay. —Lo miró de frente—. No confíe en sus ojos más de lo necesario. Confíe en lo que sepa con certeza antes de entrar.

—¿Algo más?

—Sí. —El anciano vaciló un instante, como si estuviera eligiendo entre dos versiones de lo que iba a decir—. El bosque no es únicamente el instrumento de Bruno. Con los años ha empezado a ser algo propio. Tiene memoria. Tiene, si quiere llamarlo así, una especie de voluntad. No siempre trabaja para Bruno. A veces trabaja para sí mismo.

—¿Y en qué se diferencia eso?

—En que Bruno puede detenerse si se le convence o se le vence. El bosque no.

Iñaki salió de la choza cuando el sol ya había terminado de ponerse y el cielo tenía ese color azul oscuro y limpio que dura exactamente diez minutos antes de volverse negro. Se quedó de pie frente a la primera línea de árboles, mirándolos.

Los árboles crecían inclinados hacia el interior, como había notado desde lejos. Pero ahora que estaba cerca podía ver algo que los mapas y los libros no habían mencionado: no se inclinaban por el viento ni por el peso. Se inclinaban como personas que se asoman a mirar algo interesante al fondo de un pozo. Como si dentro hubiera algo que valiera la pena ver, o como si simplemente quisieran que nadie viera lo que había dentro.

Iñaki dio un paso adelante.

Cruzó la linde.

Detrás de él, lentamente, sin ruido, las ramas de los árboles más cercanos comenzaron a entrelazarse. No de golpe, no con violencia, sino con la paciencia de quien no tiene ninguna prisa porque sabe exactamente lo que hace. Rama por rama, como los dedos de una mano enorme que se cierra sin apresurarse sobre nada que pueda escapar.

Iñaki no se volvió a mirar.

Habría sido inútil.

CAPÍTULO 3

El laberinto de las esmeraldas

El interior del bosque. Zona de las esmeraldas. Amanecer del segundo día.

El interior del bosque no se parecía a ningún lugar que Iñaki hubiera visto ni imaginado ni encontrado descrito en ninguno de los libros que había leído, y había leído bastantes.

No era que fuera oscuro. Era, si acaso, demasiado iluminado, pero con una luz de color equivocado: una luz verdosa y horizontal que no venía del sol sino de las hojas mismas, como si cada una de ellas guardara en su interior una pequeña llama de ese color y la dejara escapar lentamente hacia el aire. Bajo esa luz, las sombras caían en direcciones que no correspondían a ninguna fuente luminosa visible, y las plantas tenían un aspecto que Iñaki tardó varios minutos en poder nombrar con precisión: parecían respirar. No se movían con el viento, porque no había viento. Se movían solas, con una cadencia lenta y regular, como pechos que se elevan y descienden durante el sueño.

Y algunas hojas giraban lentamente siguiendo su movimiento.

Iñaki lo notó primero con el rabillo del ojo y prefirió no darle importancia. Lo notó por segunda vez cuando se detuvo a consultar el mapa y levantó la vista para encontrar que un grupo de hojas anchas a su izquierda habían girado exactamente hacia él, como girasoles que siguen el sol, excepto que no había sol y que esas hojas no eran girasoles sino algo que no figuraba en ninguna ilustración botánica que él recordara. Les dio la espalda y siguió caminando.

Las hojas giraron para seguirlo.

El sendero que había visto claramente al entrar, una vereda angosta entre las raíces que parecía perfectamente transitable, desapareció a los veinte minutos de caminata. No se cerró ni se borró. Simplemente dejó de estar donde Iñaki recordaba haberlo visto, y en su lugar había raíces que él habría jurado que no estaban allí un momento antes. Consultó el mapa. El mapa le indicaba que debía seguir hacia el norte. Buscó el norte con la pequeña brújula que llevaba colgada al cuello. La aguja giró dos veces sobre sí misma y se detuvo apuntando en una dirección que cambiaba cada vez que Iñaki volvía a mirarla.

Guardó la brújula.

Recordó lo que Eustaquio le había dicho: *no confíe en sus ojos más de lo necesario.*

El problema era que llevaba toda la vida confiando en sus ojos. Eran, hasta esa mañana, la herramienta más confiable que poseía.

Siguió avanzando usando el mapa como referencia general y tratando de no tomar demasiado en serio ninguna de las cosas que veía. Las lianas que colgaban de las ramas más altas tenían un movimiento que recordaba demasiado al de las serpientes. Las raíces que cruzaban el sendero aparecían donde antes no estaban y desaparecían donde él creía haberlas memorizado. En un momento dado, la vereda ante él se dividió en tres

caminos que él estaba completamente seguro de que no existían cuando levantó la vista del suelo hacía menos de diez segundos.

Eligió el del centro.

Media hora después estaba de vuelta en el mismo punto de partida.

Lo supo porque había un árbol, un árbol gigantesco de corteza gris plateada, que tenía en el tronco una grieta larga y vertical perfectamente semejante a un ojo humano, con dos protuberancias de corteza arriba y abajo que hacían de párpados y un hueco oscuro en el centro que hacía de pupila. Era imposible confundirlo con ningún otro árbol. Y era imposible que hubiera llegado de nuevo a él siguiendo el camino del centro, a menos que el camino del centro no fuera el camino del centro sino el camino de vuelta disfrazado de camino del centro.

Iñaki se sentó en una raíz frente al árbol del ojo y respiró despacio.

Intentó el camino de la izquierda. Cuarenta minutos después estaba de regreso frente al árbol del ojo.

Intentó el camino de la derecha. Veinte minutos después, con una eficiencia que habría sido casi cómica en otras circunstancias, estaba de regreso frente al árbol del ojo.

Se sentó de nuevo. El árbol lo miraba con su pupila de corteza oscura con una expresión que era, si los árboles pudieran tener expresiones, de paciencia absoluta. Como si hubiera visto esto antes muchas veces y supiera exactamente cómo terminaba.

—Bien —dijo Iñaki en voz alta, porque hablar en voz alta ayuda a ordenar el pensamiento y no había nadie cerca que fuera a juzgarlo por ello—. El problema no son los caminos. Los caminos cambian. El problema soy yo, que sigo creyendo que los caminos van a comportarse como caminos.

El bosque no respondió. Pero las hojas cercanas giraron levemente hacia él, como si prestaran atención.

Fue entonces cuando escuchó la voz.

No venía de ninguna dirección particular. Era más bien como si el aire mismo la produjera, un poco por encima del nivel del suelo y un poco por debajo del nivel de las ramas, exactamente donde vive el sonido cuando no tiene prisa.

—Llevas tres vueltas —dijo la voz—. El récord son diecinueve.

Iñaki se puso de pie y miró alrededor. Entre las raíces del árbol del ojo, medio oculto entre la hojarasca y con una expresión de cansancio antiguo que no correspondía a su tamaño, había un tlacuache.

Era un tlacuache viejo, eso era evidente. Tenía el hocico más largo de lo habitual y el pelo gris plata en el lomo, y los ojos pequeños y oscuros miraban a Iñaki con una inteligencia que en un tlacuache ordinario habría sido desconcertante y en este resultaba simplemente natural, como si siempre hubiera sido así y él fuera el raro por sorprenderse.

—¿Hablas? —preguntó Iñaki, aunque era una pregunta bastante innecesaria dado que el animal acababa de hablar.

—Hablo, camino, recuerdo y me aburro —dijo el tlacuache—. Me llamo Doroteo. Pero los que me conocen desde hace tiempo me dicen Don Tacho, que es más corto y más fácil cuando uno tiene prisa, que en este bosque es casi nunca. —Salió de entre las raíces con una lentitud deliberada y se sacudió la hojarasca del lomo—. ¿Cómo te llamas tú?

—Iñaki Mayagoitia.

—Mucho nombre para alguien que lleva tres vueltas perdido —dijo Don Tacho sin crueldad, simplemente como observación—. Siéntate. Voy a explicarte algo sobre este bosque que nadie te ha explicado todavía porque nadie que lo sabe suele estar en posición de explicarlo.

Iñaki se sentó. Don Tacho se acomodó frente a él con la cola enrollada alrededor de las patas delanteras, como un anciano que se sienta junto a la lumbre a contar algo que lleva tiempo queriendo contar.

—Este bosque —dijo— tiene memoria. Eso ya lo sabes o deberías saberlo. Lo que quizás no sabes es que su memoria funciona de manera particular con las esmeraldas. Las esmeraldas alimentan la ilusión y el miedo. Pero no cualquier ilusión: la ilusión específica de cada persona que camina por aquí. El bosque te muestra aquello que más temes perder. Y cuando ves aquello que más temes perder, dejas de pensar y empiezas a sentir, y cuando dejas de pensar y empiezas a sentir, el bosque te lleva exactamente adonde quiere llevarte, que suele ser de vuelta al principio.

—Entonces ¿el bosque nos hace caminar en círculos para que nos agotemos?

—No exactamente. —Don Tacho inclinó la cabeza—. Te hace caminar en círculos para que te rindas. Hay una diferencia. El cansancio del cuerpo se cura con descanso. La rendición del ánimo es más difícil de revertir.

Iñaki pensó en eso.

—¿Y cómo se sale?

—Dejando de confiar en los ojos —dijo Don Tacho—. Que es lo que llevas un rato intentando sin saber exactamente cómo. —Señaló con el hocico hacia el bosque que rodeaba el árbol del ojo—. Las esmeraldas alteran la vista, no el tacto ni el olfato ni el oído. El viento en este bosque sigue sus propias leyes, no las del bosque. Siempre viene del mismo lado: del norte, que es hacia donde necesitas ir. Y los troncos de los árboles más viejos tienen marcas de piedra caliza en el lado norte, porque alguien las puso hace mucho tiempo precisamente para esto. Busca las marcas. Sigue el viento. No mires los caminos.

—¿Quién puso las marcas?

—Los mismos que construyeron las ermitas —dijo Don Tacho—. Sabían que el bosque podía corromperse. Dejaron instrucciones para el caso en que ocurriera. —Hizo una pausa—. Tardaron mucho en llegar a usarlas.

—¿Por qué caminas conmigo? —preguntó Iñaki—. ¿Por qué me ayudas?

El tlacuache lo miró durante un momento con esos ojos pequeños y oscuros que guardaban, claramente, más historia de la que cabría en cualquier libro razonable.

—Porque conozco este bosque desde antes de que fuera lo que es ahora —dijo—. Lo he visto cambiar. He visto entrar a personas y no salir. He visto lo que Bruno Bracamontes ha hecho con él y lo que el bosque ha hecho con Bruno Bracamontes, que es una historia triste en los dos sentidos. —Volvió a sacudirse el lomo—. Y porque me aburro. Ya te lo dije.

Siguieron juntos.

Con las instrucciones de Don Tacho, el avance fue distinto. Iñaki dejó de mirar los senderos, que seguían cambiando con la misma fluidez insolente de antes, y empezó a buscar el viento en la cara y las marcas de cal en los troncos. El viento era consistente y frío, y las marcas estaban allí, pequeñas y discretas, puestas a la altura de la mano de un hombre a la distancia justa para encontrarse si uno sabe buscarlas y perderse completamente si uno no sabe.

Las hojas siguieron girando. Las lianas siguieron moviéndose. El árbol del ojo apareció dos veces más en el borde del campo visual de Iñaki, pero ambas veces en los costados, no en el frente, como si el bosque lo estuviera observando pasar con una frustración que no podía expresar de otra manera.

Llevaban casi dos horas caminando en la dirección correcta cuando Don Tacho se detuvo.

—Allá —dijo en voz baja.

Al fondo de una abertura entre los árboles, donde la luz verde se volvía por un momento casi blanca, había una figura de pie. Estaba demasiado lejos para ver el rostro, pero la silueta era inconfundible: delgada, inmóvil, con esa postura particular de quien no tiene ninguna prisa porque controla el tiempo de todos los demás. En la mano extendida, entre los dedos, brillaba algo verde con una intensidad que no era natural, que era exactamente el mismo verde enfermizo que Abundio había visto sobre el muro de la mansión aquella noche de noviembre.

Bruno Bracamontes.

No se acercó. No habló. Permaneció exactamente adonde estaba, con la esmeralda entre los dedos y los ojos fijos en Iñaki, con una expresión que desde esa distancia era imposible leer con precisión pero que no era, claramente, sorpresa. Era algo más parecido al interés del naturalista que observa a un animal haciendo algo inesperado: con atención, con cierta frialdad, y con algo que podría ser el comienzo del respeto o podría ser simplemente el cálculo de cuánto más va a durar el experimento.

—¿Qué hace? —preguntó Iñaki en voz baja.

—Te estudia —dijo Don Tacho, igual de bajo—. Llevas tres horas en su bosque y todavía estás de pie y caminas en la dirección correcta. Eso no es lo que esperaba.

—¿Y eso es bueno o malo?

Don Tacho pensó en eso durante un momento que pareció más largo de lo que era.

—Depende —dijo al fin— de lo que decida hacer con lo que ha observado.

La figura permaneció inmóvil unos segundos más. Después desapareció entre los árboles sin hacer ruido, dejando únicamente el resplandor verde que tardó tres o cuatro segundos en apagarse, como la imagen que queda en los ojos después de mirar directamente una vela y cerrar los párpados.

Iñaki y Don Tacho siguieron caminando.

El árbol del ojo no volvió a aparecer.

CAPÍTULO 4

La niebla del zafiro y el aroma del hogar

El interior del bosque. Zona de los zafiros. Noche del segundo día.

Salieron del dominio de las esmeraldas cuando el bosque todavía era verde, y entraron en el dominio de los zafiros cuando el bosque dejó de ser cualquier color reconocible.

No fue un cambio brusco. Fue de esa clase de cambios que ocurren tan despacio que uno no puede señalar el momento exacto en que ocurrieron, como el cambio de la tarde a la noche o el cambio del frío al frío verdadero. Primero fue la temperatura: el aire se volvió más delgado y más quieto, como si alguien hubiera retirado de él algo que normalmente contiene y que uno no nota hasta que ya no está. Después fue el sonido: los insectos, que habían acompañado el camino con su zumbido constante durante todo el día, callaron de repente, no gradualmente sino todos al mismo tiempo, como músicos que dejan de tocar a una señal que solo ellos han escuchado. Y después fue la luz: la luz verdosa de las esmeraldas se fue diluyendo lentamente hasta que el bosque quedó en una oscuridad azulada y tranquila que no era exactamente la oscuridad de la noche sino algo más parecido al interior de un lago muy profundo visto desde abajo.

—Aquí —dijo Don Tacho, que había caminado la mayor parte del camino en silencio—, es donde las cosas se ponen más difíciles.

—¿Más difíciles que los círculos? —preguntó Iñaki.

—Más difíciles —dijo Don Tacho—. Los círculos eran un problema de orientación. Esto es un problema de certeza.

Iñaki no preguntó qué quería decir. Supuso que iba a entenderlo pronto sin necesidad de que nadie se lo explicara, y tenía razón.

La niebla llegó desde el suelo.

Empezó entre las raíces, una bruma azulada y densa que al principio parecía simplemente humedad acumulada en el sotobosque, de esa clase que aparece en los bosques reales cuando el suelo todavía guarda el calor del día y el aire de la noche empieza a enfriarse. Pero creció demasiado rápido y demasiado regular para ser natural: ascendió en columnas casi perfectas que se fueron uniendo entre sí hasta cubrir el suelo por completo, y después siguió ascendiendo, lenta y deliberada, hasta la altura de las rodillas de Iñaki, y después hasta la cintura, y después hasta el pecho, y en algún momento que Iñaki no supo identificar con precisión el bosque entero quedó envuelto en una bruma azul que no dejaba ver más allá de tres o cuatro pasos en cualquier dirección.

—No la respires más de lo necesario —dijo Don Tacho desde algún lugar a su izquierda, invisible dentro de la niebla—. No entra por los pulmones. Entra por los oídos.

—¿Por los oídos?

—Por los oídos —confirmó Don Tacho—. Y por los recuerdos. Los zafiros trabajan con la memoria emocional. Con los sonidos que el corazón guarda aunque la cabeza ya los haya olvidado.

Iñaki quiso preguntar algo más, pero en ese momento escuchó las campanas.

Eran campanas de iglesia, el tipo de campanas que suenan los domingos por la mañana en la Ciudad de México cuando el aire todavía está limpio y fresco y toda la ciudad parece haber decidido, al menos por una hora, ser un lugar razonable. Las reconoció de inmediato: eran las campanas de la parroquia que quedaba a dos cuadras de la mansión de los Álvarez del Castillo, las mismas que había escuchado cada domingo de su vida desde los once años. Su sonido era inconfundible, ligeramente desafinado en la tercera campana, con un retraso de medio segundo entre la primera y la segunda que los parroquianos habían dejado de notar hacía décadas.

Las escuchó perfectamente. Con toda la claridad del mundo.

En medio de un bosque donde no había ninguna iglesia a menos de cuatro leguas de distancia.

—Don Tacho —dijo en voz baja.

—No las sigas —respondió la voz del tlacuache desde algún lugar que parecía haberse alejado un poco—. Escúchalas si quieres. Pero no las sigas.

Iñaki se quedó quieto.

Fue difícil. Había algo en aquel sonido que tiraba de él hacia adelante con una fuerza que no era exactamente física pero que se parecía bastante, como la fuerza con que un recuerdo muy querido jala la atención hacia sí mismo en el momento más inoportuno. Siguió quieto. Contó hasta veinte. Las campanas siguieron sonando durante un tiempo que le pareció muy largo y después se disiparon lentamente, como si se alejaran hacia algún lugar dentro de la niebla.

Luego llegó la voz de su madre.

Eso fue más difícil.

Era su voz exacta, con su entonación exacta, con esa manera particular que tenía de pronunciar su nombre con la sílaba final levemente alargada, como si siempre estuviera a punto de añadir algo más. Venía de la derecha. Llamaba desde algún lugar entre los árboles con la urgencia tranquila de alguien que busca a un niño que sabe que está cerca y que va a aparecer en cualquier momento.

—Iñaki —llamaba la voz—. Iñaki, ¿dónde estás?

Iñaki cerró los ojos.

Su madre estaba en Puebla. Llevaba seis años en Puebla. No había ninguna razón posible para que su voz estuviera en ese bosque, y sin embargo era su voz, era exactamente su voz, y había una parte de él que quería seguirla con una urgencia que le sorprendió por su intensidad.

—Es el zafiro —se dijo en voz baja, para escucharse a sí mismo decirlo y que la afirmación tuviera más peso—. No es ella. Es el zafiro usando su voz.

La voz siguió llamando durante un momento más y después se desvaneció hacia el interior de la niebla.

Luego llegaron los gritos de Alondra y Alva.

Eso fue lo más difícil.

Llegaron juntos, superpuestos, desde dos direcciones diferentes, con esa cualidad particular de los gritos que piden ayuda: desesperados pero controlados, como quien ha decidido no dejarse llevar del todo por el pánico porque sabe que el pánico no ayuda pero que tampoco puede callarse del todo porque la situación lo requiere. Iñaki reconoció los dos tonos de voz sin ninguna dificultad. Había escuchado a Alondra y a Alva hablar casi todos los días durante años. Conocía cada variación de sus voces tan bien como conocía su propio nombre.

Dio un paso hacia adelante.

Se detuvo.

Metió la mano en el bolsillo y sacó el pañuelo bordado de Alondra.

Lo había doblado con cuidado esa mañana y lo guardaba sin pensar demasiado en ello, por la misma razón por la que se guarda cualquier cosa que alguien querido ha entregado con cuidado: no porque se sepa exactamente para qué va a servir sino porque parece importante conservarlo cerca. Lo desdobló ahora entre los dedos, en medio de la niebla azul, y lo sostuvo frente a su cara.

El aroma llegó inmediatamente.

Era el aroma del jardín de la familia de Alondra: jazmines, y debajo de los jazmines el olor a tierra húmeda después de la lluvia, y debajo de ese olor algo más difícil de nombrar, el olor a pan recién horneado que salía de la

cocina de aquella casa los jueves por la mañana y se mezclaba con el aire del jardín de una manera que Iñaki había percibido muchas veces sin nunca haberse detenido a pensar en él conscientemente. Era el olor del hogar. No su propio hogar, que era la mansión de don Leopoldo con su solemnidad y sus corredores serios, sino el hogar tal como uno lo imagina cuando piensa en la palabra: un lugar que huele a cosas hechas con cuidado para las personas que se quieren.

Los gritos de Alondra y Alva seguían llegando desde algún lugar entre los árboles.

Iñaki se quedó quieto, con el pañuelo en la mano, y respiró ese olor.

Fue suficiente.

No suficiente para que los gritos desaparecieran, que siguieron durante un rato más con toda su urgencia convincente. Pero suficiente para que algo dentro de Iñaki recordara que las personas reales, las personas de carne y hueso que se preocupan de verdad y se alegran de verdad y entregan pañuelos bordados antes de que uno se marche al bosque, no están en una niebla azul en medio de la noche. Están en otro lugar, esperando, y la mejor manera de responder a su preocupación real no es seguir voces falsas hacia ningún precipicio sino encontrar el camino correcto y volver.

—Bien hecho —dijo Don Tacho desde muy cerca. Había reaparecido a sus pies, sacudiendo la niebla azul del lomo como si fuera agua—. La mayoría no aguanta ni la primera voz.

—¿Qué habrá pasado si la hubiera seguido?

—Ven —dijo el tlacuache en lugar de responder.

Lo llevó hacia la derecha, alejándose de la dirección de donde habían llegado los gritos falsos de Alondra. Caminaron durante unos minutos en silencio y entonces Iñaki lo vio.

Era un precipicio.

No enorme, no dramático, no del tipo que aparece en las novelas de aventuras anunciándose con mucho ruido. Era simplemente una interrupción brusca del suelo, un borde recto y limpio donde la tierra terminaba y el vacío comenzaba, oscuro e imposible de medir a la vista en la niebla. Si hubiera seguido caminando en la dirección de los gritos habría llegado a ese borde en menos de cincuenta pasos y no lo habría visto hasta que fuera demasiado tarde.

Iñaki se puso de rodillas en el borde y miró hacia abajo. No se veía el fondo.

—¿Cuántas personas? —preguntó.

—Muchas —dijo Don Tacho simplemente.

Permanecieron allí un momento en silencio, con la niebla moviéndose lentamente alrededor de ellos y el vacío debajo. Iñaki pensó en todas esas personas que habían escuchado voces conocidas en la oscuridad azul y habían seguido el sonido con la misma urgencia con que él había estado a

punto de seguirlo, convencidas de que alguien a quien querían necesitaba ayuda, y que habían llegado a este mismo borde sin verlo a tiempo.

Entonces miró el suelo alrededor del precipicio.

Había huellas.

Docenas de huellas de pisadas humanas, de distintos tamaños y formas, impresas en la tierra blanda cerca del borde. Algunas eran recientes. Otras, más profundas y más borrosas, parecían haber sido hechas hacía mucho tiempo. Había huellas de botas y de sandalias y de pies descalzos. Había huellas pequeñas que podrían haber sido de niños.

Ninguna de esas huellas regresaba.

Iñaki guardó el pañuelo de Alondra con mucho cuidado en el bolsillo más interior de su chaqueta.

—Gracias —dijo, aunque Alondra no estaba allí para escucharlo.

—¿Seguimos? —preguntó Don Tacho.

—Seguimos —dijo Iñaki.

Y se alejaron del precipicio hacia el interior del bosque, dejando atrás la niebla azul que seguía moviéndose entre los árboles con su voluntad tranquila y antigua, llamando con voces conocidas a nadie en particular, practicando su arte con la paciencia de quien sabe que siempre habrá alguien más que escuche.

CAPÍTULO 5

El río de las perlas congeladas

El interior del bosque. Zona de las perlas. Tercer día de viaje.

Durmieron esa noche al pie de un árbol de corteza blanca que Don Tacho dijo que era de los pocos que el bosque no había conseguido corromper del todo, porque tenía las raíces demasiado profundas y demasiados años para que ninguna piedra preciosa lo convenciera de cambiar de carácter a estas alturas. Iñaki no supo si eso era verdad o si el tlacuache lo decía simplemente para que durmiera mejor. Durmió de todas formas, porque el cuerpo tiene sus propios argumentos y después de dos días de bosque los suyos eran irrefutables.

Soñó con la mansión de don Leopoldo. Soñó que recorría sus corredores buscando algo que no recordaba haber perdido, y que cada puerta que abría daba a otro corredor igual, y que desde algún lugar llegaba un olor a humo púrpura que no era amenazante sino simplemente triste, como el olor de algo que fue hermoso y ya no lo es. Cuando despertó, el bosque era gris y frío y quieto, y Don Tacho ya estaba de pie entre las raíces mirando hacia el norte con una expresión que en un tlacuache ordinario habría sido imposible de leer y en Don Tacho era claramente preocupación.

—¿Qué hay allá? —preguntó Iñaki, frotándose las manos para entrar en calor.

—El río —dijo Don Tacho—. Y ya no es lo que era.

Caminaron hacia el norte durante casi dos horas sin que el bosque les pusiera obstáculos visibles, lo cual Iñaki aprendió rápidamente a no interpretar como una buena señal sino como la pausa que el bosque se tomaba entre un esfuerzo y el siguiente, como un maestro de esgrima que retrocede dos pasos no porque vaya a rendirse sino porque necesita ángulo para el golpe que viene.

Lo oyeron antes de verlo.

No era el sonido de un río. Era algo completamente distinto, un sonido seco y repetitivo y continuo que no tenía ningún equivalente natural en la memoria de Iñaki y que tardó varios pasos más en identificar: era el sonido de miles de objetos duros chocando entre sí con una cadencia sin ritmo, como si alguien hubiera vaciado dentro de un cauce enorme una cantidad imposible de canicas de piedra y las hubiera puesto a rodar unas contra otras sin parar.

Llegaron al borde del río y Iñaki se detuvo.

Era ancho, quizás veinte pasos de orilla a orilla, y en condiciones normales habría sido un río perfectamente ordinario de montaña, de esos que corren rápidos y transparentes sobre piedra oscura. Pero no había agua. En su lugar, llenando el cauce de orilla a orilla y de fondo a superficie, corría una masa compacta y reluciente de esferas blancas del tamaño de nueces. Miles de ellas, quizás decenas de miles, chocando unas contra otras y avanzando por la corriente con una violencia quieta y geométrica que era casi más perturbadora que si hubieran sido llamas. Cada esfera era perfecta y translúcida, y dentro de cada una, perfectamente visible cuando la luz gris del bosque las alcanzaba en el ángulo correcto, había una gota de agua completamente inmóvil, suspendida en el centro como un insecto atrapado en ámbar.

—Perlas —dijo Iñaki.

—Lo que queda de ellas —dijo Don Tacho—. Bruno las usó para detener el agua. No destruirla: detenerla. Cada gota está todavía allí, adentro, pero ya no puede moverse ni fluir ni hacer ninguna de las cosas que el agua sabe hacer. —Se sentó en el borde con la cola enrollada alrededor de las patas—. El anciano ermitaño te dijo que las perlas tienen que ver con la dureza emocional y con el miedo a perder. Esto es lo que ese miedo le hace a un río cuando se le da suficiente poder para actuar.

Iñaki se agachó y recogió una de las esferas que habían saltado a la orilla. Era fría como el hielo y perfectamente lisa, y dentro de ella la gota de agua permanecía inmóvil en su prisión transparente con una quietud que resultaba extrañamente dolorosa de ver, como ver a un pájaro vivo dentro de una jaula demasiado pequeña para que pudiera abrir las alas.

La devolvió al suelo con cuidado.

—¿Cómo se cruza? —preguntó.

—A nado no —dijo Don Tacho—. Ya viste lo que hace con las cosas que entran en él.

Como para ilustrar el punto, un tronco seco que colgaba de la orilla opuesta cedió en ese momento y cayó dentro del río. Las esferas lo envolvieron en menos de tres segundos y lo trituraron con una eficiencia terrible y silenciosa, sin que el sonido general de la corriente cambiara en absoluto. Cuando las esferas siguieron su camino ya no quedaba rastro del tronco.

—No a nado —convino Iñaki.

Se sentó en la orilla y estudió el río durante un tiempo considerable. Don Tacho lo dejó pensar sin interrumpir, que era, Iñaki había empezado a comprender, una de sus virtudes más valiosas. El tlacuache sabía perfectamente cuándo hablar y cuándo callar, que es una sabiduría que muchas personas nunca adquieren aunque vivan mucho más de lo que había vivido Don Tacho, que ya era bastante.

Las esferas reaccionaban con mayor violencia cuando el tronco había golpeado la superficie. Iñaki lo había notado: en el momento del impacto las esferas más cercanas habían saltado hacia arriba antes de engullir la madera. Movimiento brusco, reacción violenta. Recordó lo que Don Tacho había dicho sobre los zafiros y los oídos, y pensó que quizás cada zona del bosque tenía su lógica propia, una vulnerabilidad específica que correspondía a la naturaleza de la piedra que la gobernaba.

Las perlas eran duras. Reaccionaban a la fuerza con fuerza.

¿Y si uno no usaba fuerza?

—Don Tacho —dijo—. ¿Las esferas reaccionan igual si el movimiento es lento?

El tlacuache inclinó la cabeza con esa expresión de quien ya sabe hacia dónde va una pregunta y espera con interés a ver si quien la hace llega también.

—Pruébalo —dijo.

Iñaki encontró una ramita delgada en el suelo, la sostuvo sobre el río y la bajó muy despacio, milímetro a milímetro, hasta tocar la superficie de las esferas. Las más cercanas se agitaron levemente pero no saltaron. Las dejó presionar un poco el peso de la ramita sobre ellas. Se abrieron, apenas, lo suficiente para que la punta de la ramita se hundiera un centímetro entre ellas. Cuando Iñaki la retiró con la misma lentitud con que la había bajado, las esferas volvieron a cerrarse sin violencia.

—Bien —dijo Don Tacho, y en su voz había algo que podría haber sido orgullo si los tlacuaches lo expresaran de esa manera.

Iñaki pasó la hora siguiente trabajando.

Tenía en su bolsa de viaje una cantidad razonable de cuerda, dos garfios de hierro que don Leopoldo había insistido en incluir sin explicar exactamente para qué, y un conocimiento sólido de poleas y contrapesos adquirido en los libros de mecánica de la biblioteca, que hasta ese momento había sido un conocimiento completamente teórico. Localizó cuatro árboles de la orilla que tenían ramas suficientemente gruesas a la altura adecuada, ató las cuerdas con los nudos que recordaba de un manual de marinería que había leído dos años atrás por pura curiosidad, y construyó un sistema que, en teoría, le permitiría cruzar el río suspendido a unos treinta centímetros sobre la superficie de las esferas, con el peso distribuido entre cuatro puntos de apoyo para minimizar cualquier vibración brusca.

En teoría.

—¿Funcionará? —preguntó Don Tacho examinando el sistema con ojo crítico.

—No lo sé —dijo Iñaki honestamente—. Pero es lo más razonable que se me ocurre, y lo razonable tiene que valer algo aquí dentro o de lo contrario no hay ninguna esperanza.

—Lo razonable vale bastante aquí dentro —dijo Don Tacho—. Bruno contaba con que no llegaras a este río. Contaba con que la niebla te detuviera. El hecho de que estés construyendo poleas en la orilla ya es una novedad para el bosque.

Cruzaron juntos, despacio.

Iñaki se suspendió del sistema de cuerdas y avanzó centímetro a centímetro sobre la corriente de esferas, con los pies rozando apenas la superficie en los momentos en que el sistema cedía un poco bajo su peso. Las esferas debajo de él se agitaban suavemente con cada movimiento, como agua que percibe una piedra antes de que la piedra la toque, pero no saltaban ni atacaban mientras él mantenía el ritmo lento y continuo que había aprendido con la ramita.

Hacia la mitad del cruce, sin embargo, las esferas comenzaron a moverse de manera diferente.

No más rápido. Más organizado. Como si algo dentro del río hubiera percibido su presencia y hubiera decidido prestarle atención.

Iñaki miró hacia abajo.

En la superficie de las esferas, en el lugar exactamente debajo de donde él estaba suspendido, el reflejo de la luz del bosque formaba una imagen. Era vaga y distorsionada por la curvatura de miles de superficies pequeñas, pero reconocible: un rostro mirando hacia arriba desde las profundidades del río, con los ojos abiertos y la expresión de alguien que observa desde un lugar donde no debería ser posible estar.

El rostro de Bruno Bracamontes.

Iñaki no se detuvo. Siguió avanzando al mismo ritmo, centímetro a centímetro, sin modificar en nada la cadencia de sus movimientos, porque

detener era lo mismo que temblar y temblar era lo mismo que golpear y golpear era lo mismo que caer. Apartó los ojos del reflejo y los fijó en la orilla opuesta, en un árbol específico con una rama específica que había elegido como punto de llegada antes de empezar.

El reflejo permaneció debajo de él durante todo el cruce que quedaba.

Cuando sus pies tocaron la orilla del otro lado, las esferas más cercanas saltaron súbitamente hacia arriba como si protestaran, pero ya era tarde: Iñaki estaba en tierra firme y soltó las cuerdas del sistema y se alejó tres pasos del borde antes de darse el permiso de respirar con normalidad.

Don Tacho llegó a la orilla opuesta unos segundos después, trepando por su propio sistema de cuerdas con la agilidad sorprendente de quien ha vivido toda la vida cerca de los árboles y los ha tratado siempre con suficiente respeto como para que ellos también lo traten bien.

—¿Era él? —preguntó Iñaki, mirando hacia el río—. ¿En el reflejo?

—No lo sé —dijo Don Tacho—. Podría ser él. Podría ser el río usando su imagen para asustarte. A veces el bosque hace eso: toma prestadas las cosas que ya te han asustado antes y las repite en el momento más inconveniente.

—¿Hay diferencia?

Don Tacho pensó en eso con la seriedad que merecía.

—Prácticamente ninguna —admitió.

Descansaron un momento en la orilla. El sonido del río de perlas siguió detrás de ellos, seco y continuo y sin ritmo, el sonido de miles de dientes chocando en la oscuridad, que era exactamente lo que Iñaki había pensado al escucharlo por primera vez y que seguía siendo la descripción más precisa que encontraba.

Don Tacho miró el río durante un largo momento en silencio.

—Antes —dijo al fin, con una voz que era más baja que de costumbre— las aguas de este bosque eran tan claras que podían verse las estrellas reflejadas en ellas en pleno día. No las estrellas del cielo de esa noche: las de cualquier noche, las que el agua había guardado en su memoria desde que el bosque existía. Uno se asomaba y veía constelaciones que no habían estado visibles desde hacía siglos.

Iñaki lo miró.

—¿Eso es posible?

—Era posible —dijo Don Tacho—. Aquí. Antes. —Hizo una pausa—. Muchas cosas eran posibles antes de que la obsesión de un hombre se convirtiera en el problema de un bosque entero.

No dijeron nada más sobre eso.

Siguieron caminando hacia el norte, dejando atrás el río y su sonido, que fue haciéndose más pequeño con la distancia hasta que desapareció entre

los otros silencios del bosque sin que Iñaki pudiera señalar el momento exacto en que lo perdió, que era exactamente la misma manera en que había aparecido.

CAPÍTULO 6

El muro de fuego de los rubíes

El interior del bosque. Zona de los rubíes. Cuarto día de viaje.

El color llegó antes que el calor.

Primero fue un enrojecimiento lento del horizonte entre los árboles, no como el rojo del amanecer que sube desde abajo con cierta timidez, sino un rojo que venía de todas partes al mismo tiempo, como si el bosque mismo hubiera decidido cambiar de temperatura antes de cambiar de aire. Los troncos de los árboles más cercanos se volvieron color cobre. Las hojas, que en la zona de las esmeraldas eran verdes y en la zona de los zafiros eran azules y grises, adquirieron aquí una tonalidad rojiza que las hacía parecer brasas a punto de encenderse. El suelo entre las raíces brillaba con reflejos intermitentes, como si debajo de la tierra hubiera algo que pulsara con una cadencia propia.

Después llegó el calor.

No de golpe. De la misma manera gradual y determinada con que había llegado todo en este bosque, que parecía haber aprendido que las cosas inesperadas asustan un momento pero las cosas graduales agotan para siempre. Primero fue una tibieza que podría haber resultado agradable después de los dos días fríos de la zona de los zafiros. Después fue un calor seco y constante que hacía que el aire pareciera más delgado de lo que era. Después fue algo que ya no tenía nombre agradable: una presión térmica que no quemaba la piel pero que empujaba hacia adentro, hacia los pulmones, hacia los pensamientos, como si intentara llegar al lugar donde vive la voluntad de una persona y apretarla suavemente hasta que cediera.

—Los rubíes —dijo Don Tacho, que caminaba con el hocico más cerca del suelo que de costumbre, como si el calor fuera más soportable a esa altura —. Despiertan la agresividad dormida de las cosas. Los árboles, las raíces, el suelo. Todo lo que en condiciones normales es simplemente naturaleza se vuelve aquí naturaleza enojada.

—¿Y el fuego? —preguntó Iñaki. Porque había fuego: líneas de llama que corrían por los troncos más ennegrecidos sin consumirlos, como venas de luz roja que pulsaran bajo una piel de corteza oscura.

—El fuego no quema lo que tocas —dijo Don Tacho—. Quema lo que sientes. Se alimenta del agotamiento y de la desesperación. Cuanto más cansado estás, más intenso arde. Cuanto más cerca estás de rendirte, más calor produce.

Iñaki lo consideró un momento.

—Eso es injusto —dijo.

—Sí —dijo Don Tacho—. Los rubíes no tienen ningún interés en ser justos.

El Muro de Fuego apareció media hora después.

No era exactamente un muro. Era más bien una cortina, una barrera continua de llamas que iban de árbol a árbol a lo largo de toda la anchura del camino hacia el norte, de una altura de tres o cuatro metros, ardiendo con ese rojo profundo y quieto que Iñaki había visto en las venas de los troncos pero concentrado ahora en una sola masa. El calor que irradiaba era suficiente para detener a cualquier persona a veinte pasos de distancia. Más cerca era simplemente imposible estar de pie.

Lo intentó de todas formas.

Dio quince pasos hacia el muro y se detuvo porque las piernas dejaron de obedecerle con la misma naturalidad con que dejan de obedecer cuando el cuerpo ha tomado una decisión independiente de la voluntad. No era miedo, o no era únicamente miedo: era el cansancio acumulado de cuatro días de bosque que el calor del muro estaba amplificando hasta convertirlo en algo que llenaba el cuerpo entero como agua llena un cuenco.

Retrocedió.

Se sentó en una raíz a veinte pasos del muro y miró las llamas durante un buen rato. Don Tacho se sentó a su lado. Los dos observaron el fuego en silencio, que ardía con una regularidad casi hipnótica, sin chisporrotear, sin producir humo visible, sin ninguno de los signos que el fuego ordinario produce cuando existe de verdad. Era un fuego que se comportaba como una idea del fuego más que como fuego real, y precisamente por eso era más difícil de enfrentar: contra el fuego real uno puede buscar agua o tierra o el espacio donde no hay combustible. Contra una idea del fuego no hay herramienta evidente.

—Tiene que haber una manera —dijo Iñaki.

—La hay —dijo Don Tacho—. Siempre la hay. Este bosque fue diseñado para dificultar el paso, no para hacerlo imposible. Los que lo construyeron sabían que algún día alguien tendría que cruzarlo en la dirección que tú vas.

—¿Los de las ermitas?

—Los de las ermitas.

—¿Y qué dejaron para esta parte?

Don Tacho señaló con el hocico hacia el suelo, un poco hacia la derecha del muro, donde entre dos raíces grandes había una zona de tierra más oscura que el resto. Iñaki se acercó y la examinó. La tierra oscura seguía hacia el oeste por unos cincuenta pasos hasta donde, semioculto entre las raíces de un árbol de tronco enorme, asomaba un afloramiento de piedra húmeda del que manaba un hilo de agua tan delgado que era casi invisible.

Un manantial.

Pequeño, modesto, completamente opuesto en carácter al río de perlas que habían cruzado el día anterior. Pero agua real, agua que fluía, agua que no estaba atrapada dentro de ninguna esfera.

—El fuego se alimenta del agotamiento —dijo Iñaki, pensando en voz alta—. Pero si no estamos agotados cuando lo cruzamos...

—El agua enfría —dijo Don Tacho—. Y el túnel...

Se detuvo.

—¿Qué túnel? —preguntó Iñaki.

—Hay que buscarlo —dijo el tlacuache—. Está aquí cerca. Lo construyeron ellos también. Una zanja cubierta que pasa por debajo del nivel del muro. Pero la tierra la ha ido cubriendo con los años y hay que encontrarla.

Iñaki miró alrededor. Luego miró hacia el muro, calculando distancias. Luego miró el manantial.

—Necesito ayuda —dijo.

Don Tacho emitió un sonido breve, algo entre un silbido y un chillido, que no se parecía a ningún sonido que Iñaki le hubiera escuchado hacer antes. Después de un momento, desde distintos puntos del bosque cercano, empezaron a llegar animales.

No de golpe, no en tropel, sino de uno en uno con esa discreción propia de las criaturas que han aprendido a moverse sin ser vistas. Primero llegaron dos castores de pelaje oscuro que Iñaki habría jurado que eran demasiado grandes para ser castores comunes. Después cuatro tejones que se instalaron junto al manantial sin que nadie se los indicara, como si ya supieran qué había que hacer. Después tres búhos que se posaron en las ramas bajas y miraron el muro con los ojos amarillos muy abiertos y la expresión concentrada de quien evalúa un problema de ingeniería. Después dos zorros que se pusieron a excavar con una eficiencia admirable junto a las raíces del árbol donde Don Tacho había señalado que debía estar el túnel.

—¿Cómo saben qué hacer? —preguntó Iñaki.

—Viven aquí —dijo Don Tacho—. Llevan años esperando que alguien llegue y valga la pena ayudar.

Trabajaron juntos durante el resto de la mañana y parte de la tarde.

Los zorros encontraron la entrada del túnel bajo tres palmos de tierra acumulada, tapado por raíces que habían crecido encima a lo largo de generaciones sin saber que estaban cubriendo algo que fue puesto allí deliberadamente. Los castores, con sus dientes y sus patas, ampliaron la entrada lo suficiente para que un muchacho de diecisiete años pudiera pasar razonablemente agachado. Los tejones desviaron el hilo del manantial mediante una serie de pequeñas presas de barro y piedra que construyeron con una velocidad y una precisión que habrían resultado asombrosas si Iñaki no hubiera pasado ya cuatro días en un bosque donde

las cosas asombrosas ocurrían con tanta regularidad que habían dejado de asombrar tanto.

El agua del manantial corrió por el suelo del túnel formando una capa de unos tres dedos de altura, fría y real y completamente opuesta en espíritu al calor del muro.

Fue durante ese trabajo cuando los animales empezaron a hablar.

No todos, y no mucho. Los castores no dijeron nada. Los búhos comentaron brevemente entre sí en un idioma que Iñaki no entendió pero que Don Tacho escuchó con atención y del que luego le resumió lo esencial. Los zorros hablaron más, en ráfagas cortas y directas mientras excavaban, y fue uno de ellos, el más viejo de los dos, quien le contó a Iñaki mientras ambos descansaban un momento junto al manantial algo que llevaba cuatro días queriendo saber.

—Bruno no siempre fue así —dijo el zorro, con una voz ronca y grave que no correspondía a su tamaño—. Cuando entró al bosque la primera vez, hace muchos años, era un hombre distinto. Asustado. Desesperado. Pero distinto.

—¿Qué buscaba? —preguntó Iñaki, aunque ya lo sabía por Eustaquio.

—Una cura —dijo el zorro—. Para su hermana. Se llamaba Remedios.

Iñaki pensó en la doncella de doña Lucrecia, que se llamaba también Remedios, y pensó que quizás los nombres vuelven siempre de maneras que nadie planea.

—¿Y el bosque no lo ayudó?

—El bosque le ofreció el poder de curar —dijo el zorro—. Pero el poder de curar y el poder de controlar están hechos del mismo material, y cuando uno está desesperado no puede distinguirlos. Bruno tomó lo que el bosque le ofreció creyendo que era lo primero. Para cuando entendió que era lo segundo, su hermana ya había muerto y él llevaba demasiado tiempo dentro para saber cómo salir. —El zorro miró el muro de fuego con los ojos entrecerrados—. Lo que ves allí no es únicamente el poder de los rubíes. Es también veinte años de culpa convertida en calor.

Iñaki guardó eso en el mismo lugar interior donde guardaba las cosas que necesitaban más tiempo para ser entendidas del todo.

Cuando el túnel estuvo listo y el agua corría por su suelo y los búhos habían confirmado, mediante algún método propio que Iñaki prefirió no interrogar demasiado, que el pasaje llegaba efectivamente al otro lado del muro, Iñaki se preparó para entrar.

—Ve despacio —dijo Don Tacho—. El calor del muro penetra por los lados aunque no lo toque. Y no pienses en él.

—¿En qué pienso?

—En lo que quieras. En algo frío. En algo que recuerdes con tranquilidad.

Iñaki pensó en el jardín de Alondra. En el olor a jazmines y tierra húmeda. En el pan de los jueves.

Entró al túnel.

Era estrecho y bajo y olía a tierra mojada y a raíces viejas, y el agua fría que corría por el suelo le llegaba a los tobillos y le mojaba los pies y le empapaba los bajos del pantalón, y no importaba nada de eso porque el agua fría era exactamente lo que necesitaba. Avanzó agachado, con las manos apoyadas en las paredes de tierra para mantener el equilibrio, contando sus propios pasos para tener algo concreto en qué ocupar la mente mientras el calor del muro, incluso a través de la tierra y el agua, presionaba desde arriba como una mano enorme que intentara aplastar algo que se niega a ser aplastado.

En algún punto del recorrido, hacia la mitad del túnel, el calor se volvió insoportable.

No físicamente insoportable, no todavía, pero sí del otro tipo: el calor que Don Tacho había descrito, el que se alimenta del agotamiento y la duda. Iñaki sintió de repente con una claridad brutal todo el cansancio de los cuatro días anteriores: el peso de los círculos en la zona de las esmeraldas, el terror quieto del precipicio, la tensión del cruce del río. Sintió la distancia entre donde estaba y donde necesitaba llegar. Sintió lo pequeño que era en relación con todo lo demás.

Siguió avanzando.

No porque hubiera dejado de sentir todo eso. Sino porque había aprendido, en cuatro días de bosque, que sentir algo completamente no es lo mismo que obedecerlo.

Cuando salió al otro lado del muro, cayó de rodillas en la tierra con las manos apoyadas delante de él y respiró el aire del norte del bosque, que era más fresco y más quieto que el del sur, y permaneció así un momento que fue exactamente tan largo como necesitaba ser.

Don Tacho apareció a su lado unos segundos después, sacudiéndose el agua de las patas con un gesto de dignidad herida.

—Bien —dijo.

Iñaki levantó la vista.

Y en ese momento, desde algún lugar entre los árboles al norte, llegó un sonido que no era el viento ni el bosque ni ningún animal conocido. Era una risa. Baja y breve y sin alegría, del tipo que no celebra nada sino que simplemente reconoce algo.

Iñaki miró hacia los árboles.

No había nadie visible. Pero entre las llamas del muro que quedaba ahora a su espalda, por un instante que duró exactamente lo que dura un parpadeo, distinguió dentro del fuego un rostro. No el rostro de Bruno, al menos no el de un adulto. Era el rostro de una niña con los ojos muy abiertos y una expresión que no era de dolor sino de algo más difícil de nombrar: la expresión de alguien que lleva mucho tiempo esperando que alguien lo vea.

Y entonces el fuego la cubrió de nuevo y no quedó nada.

—¿Viste eso? —preguntó Iñaki.

Don Tacho miró el muro durante un momento sin responder.

—Sí —dijo al fin.

No añadió nada más. Y por primera vez desde que lo conocía, Iñaki tuvo la impresión de que el tlacuache sabía exactamente quién era esa niña y había decidido, con una tristeza muy particular, que todavía no era el momento de decirlo.

CAPÍTULO 7

El sueño de la amatista

El interior del bosque. Zona de las amatistas. Quinta noche.

El norte del muro de fuego era un bosque distinto.

No distinto en el sentido en que cada zona había sido distinta de la anterior: no más peligroso ni más extraño ni gobernado por una lógica diferente de las piedras. Distinto en el sentido de que era, a primera vista, completamente hermoso, y eso era mucho más inquietante que cualquier cosa que Iñaki hubiera encontrado antes.

Los árboles aquí eran altos y delgados y tenían la corteza de un color entre gris y violeta que cambiaba suavemente según el ángulo de la luz, como la superficie de ciertas plumas de pájaro que parecen de un color cuando las miras de frente y de otro cuando las giras en la mano. Las hojas eran pequeñas y oscuras y caían con una lentitud que no era la lentitud del otoño sino algo más deliberado, como si cada hoja hubiera decidido individualmente tomarse su tiempo para llegar al suelo. El aire olía a flores nocturnas, madreselva y jazmín de noche y algo más que Iñaki no supo nombrar pero que le recordó vagamente al olor de las habitaciones donde alguien ha dormido durante mucho tiempo y el sueño se ha impregnado en las paredes.

—Amatistas —dijo Don Tacho, en voz más baja que de costumbre.

—¿Qué hacen las amatistas? —preguntó Iñaki.

—Ofrecen descanso —dijo Don Tacho—. La clase de descanso del que es muy difícil querer levantarse.

Iñaki lo miró.

—¿Es tan malo descansar?

—Depende —dijo el tlacuache— de lo que haya dentro del descanso.

Llevaban media hora caminando entre los árboles violetas cuando Iñaki empezó a sentirlo. No fue de golpe, que era quizás la única cosa que podría haberlo alertado a tiempo. Fue exactamente como Don Tacho había descrito el cambio entre zonas: tan gradual que era imposible señalar el momento en que comenzó. Primero fue simplemente que los pies pesaban un poco

más de lo que deberían. Después fue que el siguiente paso requería un esfuerzo levemente mayor que el anterior. Después fue que los árboles a los lados del camino tenían una cualidad que Iñaki, si hubiera tenido que describirla, habría llamado acogedora, que no era una palabra que hubiera esperado usar para describir árboles en un bosque peligroso pero que era, sin embargo, la más precisa que encontraba.

Las hojas seguían cayendo a su alrededor con esa lentitud deliberada, oscuras y pequeñas, como copos de algo que no era nieve pero que se comportaba como nieve en todo excepto en el color y en el frío.

—No te detengas —dijo Don Tacho.

—No me detengo —dijo Iñaki.

Pero sus pasos se habían vuelto más lentos sin que él lo hubiera decidido, y eso era exactamente la diferencia entre detenerse y que el bosque te detuviera, que era una diferencia que en este momento importaba mucho.

Entonces llegó el sueño.

No como el sueño ordinario que llega cuando uno está cansado y se tumba en la cama y cierra los ojos. Llegó de manera completamente diferente: llegó como una historia que empieza a contarse sola en algún lugar detrás de los ojos abiertos, con tanta nitidez y tanta consistencia interna que al principio resulta simplemente agradable de observar.

Iñaki se vio a sí mismo regresando a la Ciudad de México.

Era de tarde, con esa luz dorada de las cinco de la tarde que hace que los edificios y las calles y hasta las personas parezcan más interesantes de lo que son en la luz del mediodía. Caminaba por las calles que conocía desde los once años, con el cofre de sándalo bajo el brazo, y la gente que pasaba lo miraba con una expresión que no era exactamente admiración sino algo más tranquilo y más satisfactorio: reconocimiento. Como si todo el mundo supiera ya lo que había ocurrido y hubiera decidido de manera colectiva y silenciosa que Iñaki Mayagoitia había hecho lo que debía hacerse.

Don Leopoldo lo esperaba en el zaguán de la mansión.

Lo abrazó. Era la primera vez en la historia de su convivencia que don Leopoldo abrazaba a Iñaki, que era un hombre de afectos serios y gestos mesurados que repartía el cariño con la misma sobriedad con que repartía cualquier otra cosa valiosa. En la visión, sin embargo, lo abrazó sin reservas, con los dos brazos, y le dijo al oído algo que Iñaki no pudo escuchar con precisión pero que sintió con la claridad de las cosas que no necesitan palabras para ser comprendidas.

Doña Lucrecia recibió el cofre con las manos temblorosas y lo abrió y las piedras brillaron dentro como si el robo nunca hubiera ocurrido.

Y luego estaba el jardín.

El jardín de la familia de Alondra, con su luz particular de las tardes de primavera y su olor a jazmines que ya Iñaki había aprendido a usar como

ancla cuando el bosque intentaba alejarlo de sí mismo. Alondra estaba allí, sentada en el banco de piedra junto a la fuente, con la misma expresión con que lo escuchaba siempre, esa expresión de quien presta atención completa sin hacer ningún esfuerzo visible por prestarla. Y Alva estaba de pie junto a ella, con los brazos cruzados y los ojos entrecerrados y esa media sonrisa suya que significaba que había entendido algo antes que los demás y estaba esperando con paciencia a que los demás llegaran.

Había música. Había risas desde alguna ventana cercana. Había un color en el cielo que no era exactamente el color del cielo real sino el color del cielo tal como uno lo recuerda en los momentos en que fue más feliz.

Iñaki se detuvo.

No en la visión. En el bosque, en el camino real entre los árboles violetas, donde sus pies habían dejado de moverse sin que él lo hubiera notado.

—Iñaki —dijo Don Tacho, desde muy cerca pero con una voz que llegaba como desde detrás de un cristal grueso—. Iñaki, sigue caminando.

La voz sonaba lejana. La visión sonaba cercana. El jardín de Alondra tenía una presencia física que el bosque real, en ese momento, no tenía.

—Un momento —dijo Iñaki, o creyó decir.

—No hay momento —dijo Don Tacho, y esta vez su voz tenía una urgencia que atravesó el cristal con más fuerza—. Mira el cielo de la visión. Mira los árboles. Mira las caras.

Iñaki miró, desde dentro de la visión, con esa parte de él que todavía estaba en el bosque y que el sueño no había conseguido silenciar del todo.

El cielo no se movía. Era perfectamente estático, como una pintura de cielo en lugar de cielo real. Los árboles del jardín no tenían hojas que se movieran con el viento, porque no había viento, porque el viento también habría requerido esfuerzo de parte del bosque y el bosque había invertido todo su esfuerzo en los colores y los olores y las caras. Y las caras: las caras de Alondra y Alva y don Leopoldo eran perfectas en los detalles que Iñaki recordaba con precisión, pero había algo levemente incorrecto en los detalles que recordaba menos, en los ángulos secundarios, en las expresiones que nunca había estudiado directamente porque nunca había tenido razón para hacerlo.

Las sonrisas duraban demasiado.

Las sonrisas reales de las personas reales duran un tiempo y después cambian. Se hacen más grandes o más pequeñas o se convierten en otra expresión. Las sonrisas de la visión permanecían exactamente iguales, perfectamente congeladas, como las gotas de agua dentro de las perlas del río, atrapadas en el momento exacto en que el bosque las había capturado de la memoria de Iñaki.

—No es real —dijo Iñaki en voz alta, en el bosque, con la voz que todavía tenía en el bosque.

Y en ese instante el relicario de Alva, que llevaba colgado al cuello desde que ella se lo había entregado en la mansión, chocó contra el botón superior de su chaqueta cuando él movió ligeramente la cabeza, y el sonido pequeño y metálico de ese choque fue suficiente para producir un reflejo: levantó la mano, tomó el relicario, lo abrió.

El grabado del sol radiante en la tapa interior captó un rayo de luz del bosque real, no de la visión, y lo devolvió hacia los ojos de Iñaki con la precisión de un espejo pequeño y honesto.

La visión se rompió.

No dramáticamente. Se deshizo de la misma manera en que se deshacen las visiones reales cuando uno despierta: los bordes primero, después los colores, después los sonidos, y al final solo queda la textura del aire del lugar donde uno está de verdad.

Iñaki estaba de rodillas en el suelo del bosque.

No supo cuándo había caído de rodillas. Las manos estaban apoyadas en la tierra entre las raíces y las hojas oscuras seguían cayendo a su alrededor con su lentitud deliberada, y el aire olía todavía a flores nocturnas, y las raíces a su alrededor tenían un color negro y brillante que no había notado antes porque la visión las había cubierto con el jardín de Alondra.

Las raíces lo rodeaban.

No lo sujetaban todavía, pero estaban allí, dispuestas en un semicírculo apretado alrededor del lugar donde se encontraba, con las puntas levantadas del suelo apenas un par de dedos, como manos que esperan el momento de cerrarse sobre algo.

—Levántate —dijo Don Tacho desde atrás de él, con una urgencia que no tenía ningún matiz de dramatismo sino únicamente la voz de quien ha visto esto antes y sabe exactamente cuánto tiempo hay—. Levántate ahora.

Iñaki se puso de pie.

Las raíces bajaron lentamente al suelo, sin prisa, con la misma paciencia que lo caracterizaba todo en este bosque. Como si dijeran: no importa. La próxima vez.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Iñaki.

—Cuatro o cinco minutos —dijo Don Tacho—. Menos de lo que suele tomar.

—¿Y las raíces habrían...?

—Sí —dijo Don Tacho simplemente.

Iñaki miró las raíces, que volvían a parecer simplemente raíces, oscuras y quietas en el suelo del bosque. Luego miró el relicario que todavía sostenía en la mano.

—Alva dijo que lo había probado —murmuró—. Que la luz se reflejaba en él de una manera que funciona.

—Alva es una persona sensata —dijo Don Tacho.

Se pusieron en marcha de nuevo, esta vez con un paso deliberadamente más rápido, lo suficiente para que el bosque no tuviera oportunidad de establecer otra vez esa acumulación gradual de quietud que era el preludio del sueño. Iñaki sostuvo el relicario en la mano durante el resto del camino a través de la zona de las amatistas, no como talismán sino como instrumento de orientación: cada vez que la visión intentaba regresar, y lo intentó tres veces más durante la hora siguiente con escenas distintas pero igualmente perfectas e igualmente inmóviles, el metal frío en la palma de la mano era suficiente para recordarle dónde estaba realmente.

El bosque intentó otra cosa cuando faltaba poco para salir de la zona violeta.

La figura apareció entre los árboles a unos quince pasos de distancia. Era alta y delgada, con la postura característica que Iñaki ya había aprendido a reconocer, y esta vez no estaba lejos ni era una silueta: estaba cerca y era visible, y el rostro de Bruno Bracamontes tenía en ese momento una expresión que Iñaki no esperaba encontrar.

No era amenaza. No era frialdad calculada. Era agotamiento.

El mismo agotamiento que el muro de rubíes producía en quien lo enfrentaba, pero desde adentro, desde el lado del que lo había construido. Agotamiento de años, no de horas. Agotamiento de alguien que lleva demasiado tiempo cargando algo que empezó siendo una razón y se fue convirtiendo, sin que pudiera señalarse el momento exacto del cambio, en un peso.

Bruno habló.

—Te has resistido a todo —dijo. Su voz era más tranquila de lo que Iñaki esperaba. No era la voz de un villano de cuento que proclama su poder. Era la voz de alguien que está teniendo una conversación que lleva mucho tiempo esperando tener—. A las esmeraldas. A la niebla. Al río. Al fuego. Y ahora a las amatistas.

—Sí —dijo Iñaki. No sabía qué más decir pero pensó que la honestidad era probablemente más útil que cualquier estrategia en este momento.

—¿Sabes por qué nadie más lo ha conseguido?

—Supongo que tuve ayuda —dijo Iñaki, mirando brevemente a Don Tacho.

Bruno miró también al tlacuache con una expresión que podría haber sido reconocimiento o podría haber sido algo más complicado.

—Doroteo —dijo.

—Bruno —dijo Don Tacho, con la voz de quien saluda a alguien que conoce desde hace mucho tiempo y con quien la relación es demasiado larga y demasiado triste para resumirse en un saludo.

Bruno volvió a mirar a Iñaki.

—El cofre —dijo— pertenece a este bosque más de lo que pertenece a esa familia. Las piedras nunca debieron salir de aquí. Y lo que hay debajo de

este bosque no puede seguir durmiendo para siempre. El mundo que está fuera de estos árboles está construido sobre mentiras y crueldad y desigualdad que nadie tiene intención de corregir. Lo que hay debajo puede rehacerlo todo.

—¿Y usted sabe con certeza qué hay debajo? —preguntó Iñaki.

Bruno no respondió de inmediato. Eso ya era una respuesta.

—Podría devolverlo a la ciudad —dijo entonces, con una calma que sonaba casi sincera—. Puedo hacer que no recuerdes este bosque. Que vuelvas a la mansión de don Leopoldo sin el cofre pero sin el recuerdo del cofre, sin el recuerdo de nada de esto, y que vivas el resto de tu vida con la tranquilidad de alguien que nunca entró aquí.

Iñaki pensó en la visión de las amatistas. En el jardín perfecto con el cielo inmóvil y las sonrisas que no cambiaban.

—¿Como la visión de las amatistas? —dijo.

Bruno lo miró un momento.

—Más completo —dijo—. Más permanente.

—Una felicidad sin memoria —dijo Iñaki— es otra forma de las raíces. Más amable, quizás. Pero lo mismo.

Bruno no respondió.

—No voy a aceptar —dijo Iñaki—. Y tampoco voy a detenerme aquí.

Hubo un silencio entre los dos que tenía la textura particular de los silencios en que algo ha terminado y algo distinto está a punto de comenzar. Bruno miró a Iñaki durante ese silencio con una expresión que en las últimas palabras había cambiado de algo parecido a la compasión a algo más parecido a la decisión.

—Todavía no entiendes —dijo al fin, en voz baja— lo que realmente duerme bajo el bosque.

Y se alejó entre los árboles violetas sin hacer ruido, como todas las veces anteriores, hasta que la oscuridad entre los troncos lo absorbió completamente y quedaron solo las hojas cayendo con su lentitud deliberada y el olor a flores nocturnas y el sonido del bosque pensando en silencio sus propios pensamientos muy antiguos.

—¿Qué duerme debajo? —preguntó Iñaki a Don Tacho cuando Bruno había desaparecido.

Don Tacho caminó unos pasos antes de responder.

—Algo que no es bueno ni malo —dijo—. Algo que simplemente es, y que responde a quien lo llama según la intención con que lo llama. Como el fuego: puede dar calor o puede quemar, y el fuego no decide cuál de las dos cosas hace. Decide quien lo enciende y para qué.

—¿Y Bruno quiere encenderlo?

—Bruno quiere controlarlo —dijo Don Tacho—. Que es lo más peligroso que puede querer alguien respecto a cualquier cosa que no puede controlarse.

Salieron de la zona de las amatistas cuando la luz entre los árboles empezó a clarear hacia un gris más neutro y menos hermoso, el gris ordinario de un bosque ordinario que no tiene ningún interés particular en ser bonito ni en hacer daño, simplemente en existir, que era en ese momento exactamente el tipo de bosque que Iñaki más agradecía encontrar.

Se detuvieron a descansar junto a un árbol de corteza áspera y sin nada de particular.

Iñaki guardó el relicario de Alva en el bolsillo interior de su chaqueta, junto al pañuelo de Alondra. Los dos juntos, el metal frío y la tela bordada, pesaban en el bolsillo como pesan las cosas que han demostrado ser útiles de verdad.

—Mañana —dijo Don Tacho, instalándose entre las raíces con el aire de quien ha encontrado exactamente el lugar adecuado para pasar la noche— llegamos a la guarida.

—¿Estás preparado?

Don Tacho lo miró con esos ojos pequeños y oscuros que habían visto demasiadas cosas para fingir que no las habían visto.

—Llevo veinte años esperando que alguien llegara hasta aquí —dijo—. Preparado o no, es el momento.

Y no añadió nada más.

CAPÍTULO 8

La guarida de Bracamontes y el poder del diamante

El centro del bosque. La torre de piedra petrificada. Sexto día.

El bosque más allá de las amatistas era el bosque de los restos.

No de los restos en el sentido de lo que sobrevive. En el sentido de lo que queda cuando algo ha terminado de gastar su energía en otra cosa y ya no tiene nada que dar. Los árboles seguían siendo árboles, pero secos y retorcidos y cubiertos de una ceniza fina que caía lentamente incluso cuando no había viento, como si el aire mismo se estuviera deshaciendo en polvo gris. El suelo entre las raíces no tenía hojarasca ni musgo ni ninguna de las cosas pequeñas que viven en el suelo de los bosques reales porque ninguna cosa pequeña había encontrado razón para vivir allí. No había pájaros. No había insectos. Hasta el silencio era diferente al silencio de las otras zonas: no era un silencio que guardara algo ni un silencio que esperara algo. Era simplemente la ausencia de sonido, que es lo que queda cuando un lugar ha olvidado que alguna vez fue ruidoso.

Don Tacho caminaba más despacio que de costumbre. Iñaki lo notó pero no dijo nada.

—¿Has estado aquí antes? —preguntó al fin.

—Una vez —dijo Don Tacho—. Hace mucho tiempo. Cuando el bosque todavía era el bosque y Bruno todavía era Bruno y las cosas todavía eran lo que eran. —Hizo una pausa—. Era diferente.

—¿Mejor?

—Era vivo —dijo Don Tacho, que era la mejor respuesta posible y también la más triste.

Encontraron los primeros restos de los viajeros anteriores media hora después de entrar en esa zona.

Estaban dispersos entre las raíces sin ningún orden aparente, como cosas que alguien hubiera dejado caer al caminar y nunca hubiera regresado a buscar. Una bota de cuero cubierta de musgo tan antiguo que el cuero mismo se había vuelto parte del suelo. Un rosario de madera con las cuentas todavía enhebradas pero ennegrecidas y frágiles como si hubieran pasado décadas al aire. Una cantimplora de peltre oxidado junto a la cual alguien había tallado, en la raíz de un árbol cercano, algo que podría haber sido una fecha o podría haber sido un nombre, tan desgastado por el tiempo que ya era imposible leerlo. Una figura pequeña de madera que representaba, si se la miraba desde el ángulo correcto, una persona con los brazos extendidos hacia adelante, como quien camina a oscuras buscando algo que tocar.

Iñaki se agachó junto a la figura de madera y la examinó sin tocarla.

—¿Cuántos vinieron antes que yo? —preguntó.

—Muchos —dijo Don Tacho—. Pocos llegaron hasta aquí. Y de los que llegaron hasta aquí, ninguno llegó más allá.

Iñaki dejó la figura donde estaba y se puso de pie.

La torre apareció entre los árboles secos con la misma gradualidad con que todo en este bosque aparecía: primero como una sombra más oscura que las demás sombras, después como una forma que tenía demasiados ángulos rectos para ser natural, y después, cuando los árboles se abrieron en un claro de tierra gris y ceniza, como lo que era: una construcción de raíces petrificadas y piedras ennegrecidas que había crecido más que construido, como si la tierra misma hubiera empujado ese edificio hacia arriba a lo largo de los años hasta que alcanzó la altura que necesitaba.

No era alta. No necesitaba serlo. Tenía la solidez particular de las cosas que no necesitan impresionar porque ya han decidido que van a durar.

Las ventanas eran estrechas y verticales, demasiado angostas para ser útiles como ventanas reales, más parecidas a cortes en la piedra que a aperturas intencionales. De su interior salía una luz blanca que pulsaba con una cadencia lenta, no como la luz de las velas que parpadea con el aire sino como la respiración de algo muy grande que descansa.

Y alrededor de la torre, en el suelo de tierra gris, los restos de los viajeros anteriores eran más abundantes y más variados que los que habían encontrado en el camino: herramientas de todo tipo, oxidadas y rotas, y más rosarios, y más figuras talladas en madera, y algo que Iñaki tardó un momento en identificar y que resultó ser una colección de pequeños libros de bolsillo con las tapas destruidas por la humedad y los años, apilados con cuidado junto a una raíz como si alguien los hubiera dejado allí porque ya no los necesitaba o porque ya no podía cargarlos.

—¿Cómo entramos? —preguntó Iñaki, mirando la torre.

—Hay una puerta en el lado norte —dijo Don Tacho—. Siempre ha estado abierta. Bruno no la cierra.

—¿Por qué?

—Porque está tan seguro de que el bosque detendrá a cualquiera antes de llegar hasta aquí que no ha considerado necesario cerrar la puerta.

—Hasta ahora tenía razón —dijo Iñaki.

—Hasta ahora —confirmó Don Tacho.

Rodearon la torre en silencio. La puerta norte era un arco bajo de piedra oscura sin hoja ni cerrojo, exactamente como Don Tacho había dicho. Desde el umbral, el interior de la torre era una única habitación circular en cuyo centro comenzaba una escalera de caracol hecha de la misma piedra negra que las paredes, que ascendía hacia la luz blanca pulsante que Iñaki había visto desde afuera.

Las paredes de la habitación circular palpitaban levemente.

No era una ilusión. Era un movimiento real, apenas perceptible, como el movimiento de la piel de un animal cuando respira: el ritmo era demasiado regular para ser casual y demasiado lento para ser urgente. Como si la torre tuviera un pulso propio que llevaba mucho tiempo latiendo al margen de cualquier corazón humano.

—¿Eso es normal? —preguntó Iñaki señalando las paredes.

—No —dijo Don Tacho—. Antes no lo hacían. Es nuevo.

—¿Cuánto de nuevo?

—Algunos meses. Desde que Bruno encontró el diamante y empezó a preparar el cetro.

Iñaki puso la mano sobre la pared. La piedra estaba tibia. Bajo la palma, muy tenuemente, sintió algo que se parecía al pulso de una vena en la muñeca de una persona, rítmico y constante y profundo.

Retiró la mano.

—Subamos —dijo.

La escalera era larga.

No en metros sino en la manera en que ciertas distancias son largas: no porque el camino sea mucho sino porque lo que hay al final pesa

demasiado sobre el que sube. Cada vuelta de la escalera de caracol traía consigo un fragmento de sonido atrapado dentro de las paredes: no voces exactamente, sino algo anterior a las voces, el material del que están hechas las palabras antes de que alguien decida pronunciarlas. Iñaki no podía entender ninguno de esos fragmentos pero los sentía con la misma claridad con que se siente la diferencia entre el silencio de una habitación vacía y el silencio de una habitación donde alguien acaba de dejar de hablar.

Don Tacho subía detrás de él sin decir nada.

La cámara superior llegó sin anuncio previo: la escalera terminó y Iñaki entró en una habitación circular más grande que la de abajo, con las paredes completamente cubiertas de marcas que podrían haber sido escritura o podrían haber sido otra cosa, grabadas en la piedra con diferente profundidad como si hubieran sido hechas en distintos momentos a lo largo de muchos años.

En el centro de la cámara estaba Bruno Bracamontes.

Y frente a él, sostenido por una estructura de metal oscuro que se alzaba desde el suelo como las ramas de un árbol invertido, el cetro.

Era la palabra correcta aunque no fuera exactamente lo que Iñaki habría imaginado al escucharla. Era una forma larga y compleja, de metal y piedra y algo más que no era ni metal ni piedra, con siete brazos que convergían en un punto central donde faltaba todavía la pieza final: el espacio exacto y perfecto donde encajaría una piedra del tamaño de un puño, tallada y facetada con una precisión que hacía que el hueco pareciera haber estado allí desde siempre esperando que algo llegara a ocuparlo.

Bruno tenía en las manos el Gran Diamante de los Álvarez del Castillo.

Lo sostenía con las dos manos, a la altura del pecho, como se sostiene algo que pesa más de lo que su tamaño justificaría. Y la luz blanca que Iñaki había visto pulsando desde afuera venía de él: del diamante, que emitía una claridad fría e intensa que no iluminaba las cosas sino que las volvía más visibles de lo que querían ser, como la luz que hace que los sueños parezcan reales y lo real parezca soñado.

Bruno no se volvió al escucharlos entrar. Ya sabía que estaban allí.

—Llegaste —dijo, sin dejar de mirar el diamante.

—Llegué —dijo Iñaki.

Hubo un momento de silencio en que los dos, y también Don Tacho, y también las paredes de la cámara con su pulso lento y constante, permanecieron exactamente adonde estaban sin que ninguno de ellos hiciera nada. Era el tipo de silencio que ocurre antes de que algo cambie de manera irreversible, y todos los presentes lo sabían, y ninguno de ellos tenía prisa por terminarlo.

Fue Bruno quien habló primero.

—¿Sabes lo que hace el diamante? —preguntó.

—Unifica el poder de las otras piedras —dijo Iñaki.

Bruno asintió levemente, sin sorpresa.

—El ermitaño —dijo.

—El ermitaño.

Bruno bajó los ojos hacia el diamante en sus manos. En la luz blanca que la piedra emitía, su rostro era visible con una claridad que las circunstancias anteriores no habían permitido: era un hombre de cuarenta y tantos años, quizás cincuenta, con la constitución de alguien que ha vivido durante mucho tiempo al margen de las comodidades ordinarias. Pero lo que Iñaki notó no fue el cansancio físico, que era evidente, sino otra cosa: una expresión en los ojos que reconoció porque la había visto antes, en el espejo, en ciertos momentos difíciles de su propia vida, cuando el peso de lo que no podía cambiarse aplastaba temporalmente el peso de lo que todavía podía hacerse.

Era la expresión de alguien que ya no distingue bien entre lo que quiere y lo que necesita. Entre salvar y controlar.

—Este diamante —dijo Bruno— puede despertar lo que duerme bajo el bosque. Con las otras piedras como canales y el diamante como centro, el poder que hay aquí abajo puede ser dirigido. Puede rehacerse el mundo.

—¿Rehacerlo cómo? —preguntó Iñaki.

—Sin la crueldad que tiene ahora. Sin la desigualdad. Sin los hombres que acumulan riquezas en cofres de sándalo mientras otros no tienen suficiente para comer. —Las palabras salían de Bruno con la calma de quien ha tenido esta conversación consigo mismo durante años y ya la conoce de memoria —. El mundo que está fuera de este bosque es injusto de maneras que nadie tiene intención de corregir. Lo que hay debajo puede hacerlo.

Iñaki pensó en lo que había visto durante seis días de viaje. Pensó en el alguacil Pizarro con su palabra prudencia. Pensó en don Leopoldo repartiendo el cariño con sobriedad. Pensó en los hombres de uniforme que no se habían movido con prisa.

—Tiene razón en que hay cosas que deben cambiar —dijo.

Bruno lo miró.

—Entonces...

—Pero no en que forzar el cambio con un poder que no puede controlarse sea la manera de lograrlo —continuó Iñaki—. Usted mismo no sabe exactamente qué hay debajo. Me lo dijo anoche entre los árboles. No respondió cuando le pregunté.

Bruno no respondió ahora tampoco. Eso era ya una costumbre entre ellos.

—Y hay algo más —dijo Iñaki, con la voz más quieta—. Usted no entró a este bosque por el mundo. Entró por su hermana.

El silencio que siguió fue diferente a todos los silencios anteriores. Fue el silencio de una habitación en que alguien acaba de decir en voz alta algo que llevaba mucho tiempo sin ser dicho.

Bruno miró el diamante en sus manos durante un momento largo.

—Remedios —dijo, en voz tan baja que Iñaki no supo al principio si la palabra estaba dirigida a él o simplemente había sido dicha, como se dicen a veces los nombres de las personas que ya no están, no para llamarlas sino para recordar que existieron.

—Remedios —repitió Iñaki en voz igualmente baja.

Don Tacho, desde la puerta de la cámara, no dijo nada. Pero Iñaki lo escuchó moverse ligeramente, un pequeño ajuste de posición que en el tlacuache equivalía, aprendía a reconocerlo, a una emoción que prefería no mostrar directamente.

Bruno levantó el diamante hacia el cetro.

—Ya es tarde para esta conversación —dijo, con una voz que había recuperado parte de su firmeza pero conservaba todavía el rastro de lo que acababa de ocurrir—. Llevo veinte años aquí. El bosque lleva siglos esperando. Lo que hay debajo lleva más tiempo todavía.

—Espere —dijo Iñaki.

Bruno no esperó.

Encajó el diamante en el cetro.

La luz blanca que el diamante había emitido de manera discreta y pulsante se transformó en el instante del encaje en algo completamente diferente: una claridad total, absoluta, del tipo que no deja sombras porque no deja ningún lugar donde una sombra pueda existir. No duró más de un segundo. Pero en ese segundo Iñaki vio la cámara completa con una nitidez imposible: cada marca en las paredes, cada grieta en la piedra, la expresión exacta de Bruno sosteniendo el cetro completo, la expresión de Don Tacho en la puerta.

Y sintió, desde abajo, desde muy abajo, el movimiento.

No fue un temblor. Fue algo más parecido a lo que siente el oído antes de que llegue el sonido: la anticipación del movimiento, la certeza de que algo muy grande acaba de decidir despertar.

Las paredes de la cámara dejaron de pulsar con su ritmo lento y comenzaron a moverse de otra manera. No con el ritmo de la respiración sino con el ritmo de algo que se estira después de un sueño muy largo.

Bruno sostenía el cetro con las dos manos y miraba el diamante en su centro con la expresión de quien ha esperado este momento durante demasiado tiempo para saber todavía si es exactamente lo que esperaba.

—¿Y ahora? —dijo Iñaki.

Bruno no respondió.

La luz del diamante creció.

CAPÍTULO 9

El espejo de la justicia

La cámara superior de la torre. Séptimo día.

La luz del diamante creció hasta llenar la cámara entera.

No era una luz que iluminara. Era una luz que revelaba, que es algo completamente diferente y mucho más difícil de soportar. Bajo esa claridad, las marcas de las paredes se volvieron legibles por un instante y Iñaki alcanzó a ver que no eran escritura sino mapas, docenas de mapas superpuestos unos sobre otros, cada uno trazado en una época distinta, todos mostrando el mismo lugar desde ángulos distintos: el bosque visto desde arriba, el bosque visto desde abajo, el bosque visto desde adentro de la tierra, y en el centro de todos ellos el mismo punto marcado con distintos símbolos que en distintas épocas significaban distintas cosas pero que todos, en todas las épocas, querían decir lo mismo.

Aquí.

Debajo de aquí.

Las paredes dejaron de respirar al ritmo de la respiración y comenzaron a moverse de otra manera, con sacudidas cortas y repetidas que venían de abajo, desde las raíces de la torre y más abajo todavía, como si el suelo del bosque estuviera dando vueltas para ponerse cómodo después de un sueño muy largo.

Bruno sostenía el cetro con las dos manos y el diamante en su centro emitía destellos que no seguían ningún patrón predecible, como el pensamiento de algo que acaba de despertar y todavía no ha decidido qué pensar primero. Las otras piedras del cetro respondían al diamante: la esmeralda con su verde enfermizo, el zafiro con su azul frío, las perlas con su blanco denso, los rubíes con su rojo profundo, la amatista con su violeta tranquilo y peligroso. Todas juntas, unificadas por el diamante, producían una luz que no era ninguno de esos colores sino todos a la vez, que es el color que no tiene nombre porque nunca hasta ese momento había existido la razón de nombrarlo.

—Bruno —dijo Iñaki.

Bruno no respondió. Miraba el cetro con la expresión de alguien que ha llegado al final de un camino muy largo y todavía no sabe si el final es lo que buscaba.

—Bruno —repitió Iñaki, más fuerte.

—Ya lo escucho —dijo Bruno, sin apartar los ojos del cetro—. Y ya sé lo que va a decir.

—¿Qué voy a decir?

—Que me detenga. Que esto es peligroso. Que no sé lo que hay debajo. —Las sacudidas del suelo se hicieron más frecuentes y la luz del diamante pulsó con mayor intensidad—. Todo eso es verdad. Y también es verdad que no cambia nada.

—No iba a decir nada de eso —dijo Iñaki.

Bruno lo miró por primera vez desde que había encajado el diamante en el cetro.

—¿No?

—Iba a preguntarle si recuerda para qué entró al bosque la primera vez.

El silencio que siguió tenía la densidad del silencio de la cámara de las amatistas, pero más real. No era un silencio construido por las piedras para atrapar a alguien. Era el silencio de una persona que acaba de escuchar algo que no esperaba escuchar en este momento y que no puede ignorar aunque quisiera.

—Lo recuerdo —dijo Bruno.

—Entró a curar a Remedios —dijo Iñaki—. No a rehacer el mundo. No a despertar lo que duerme debajo. Entró porque quería que su hermana viviera.

—Y no vivió —dijo Bruno, con una voz que había bajado de tono de manera casi imperceptible, lo suficiente para que quien estuviera prestando atención lo notara.

—No vivió —dijo Iñaki—. Y eso es una pérdida real. Una pérdida que merece ser sentida como lo que es. —Hizo una pausa—. Pero lo que está haciendo ahora no es por Remedios. Remedios murió hace veinte años. Lo que está haciendo ahora es por usted. Por el hombre que se quedó en el bosque después de que ella murió y necesitaba que su pérdida hubiera servido para algo grande. Porque si no sirve para algo grande, ¿para qué sirvió perderla?

Las paredes de la cámara se sacudieron con más fuerza.

Bruno apretó el cetro con las dos manos.

—Cállese —dijo, no con ira sino con algo más parecido al esfuerzo de quien intenta mantener en pie algo que ha empezado a tambalearse.

—No puedo —dijo Iñaki—. Porque si me callo y usted despierta lo que hay debajo sin saber para qué lo despierta, sin saber si es por Remedios o por usted o por el mundo o por ninguna de esas cosas sino simplemente porque ya no puede detenerse, entonces lo que despierte va a responder a esa confusión. Y nada que despierte respondiendo a la confusión de quien lo llama puede ser bueno para nadie.

Bruno no respondió.

La luz del diamante pulsó.

Iñaki tomó el relicario de Alva, lo abrió, y lo sostuvo en la palma de la mano. El grabado del sol radiante captó la luz del diamante, que era una luz de una intensidad que ninguna vela del mundo habría podido producir, y la devolvió hacia el cetro con la precisión de un espejo pequeño y honesto que no añade ni quita nada, que solo devuelve exactamente lo que recibe.

El rayo de luz reflejada tocó el diamante.

Lo que ocurrió a continuación fue difícil de describir con palabras que existieran antes de ese momento, porque no había ocurrido antes de ese momento y las palabras suelen llegar después de las cosas para describirlas. Lo más aproximado era esto: el diamante recibió su propia luz de vuelta y con ella recibió también la intención con que había sido encendido, que no era una intención simple ni una intención pura sino veinte años de dolor y culpa y deseo que el dolor hubiera valido para algo, todo eso junto y confundido hasta ser indistinguible, amplificado ahora por el diamante que amplificaba todo lo que tocaba sin discriminar entre lo que merecía ser amplificado y lo que no.

Bruno soltó un sonido.

No un grito. Algo más corto y más profundo, como el sonido que hace el cuerpo cuando recibe de golpe el peso de algo que llevaba mucho tiempo cargando sin saberlo.

El cetro comenzó a fracturarse.

No de un extremo al otro, no de manera dramática. Sino desde el centro, desde el punto donde el diamante encajaba en la estructura, con grietas finas que se extendían hacia afuera como los brazos de una estrella muy delgada. La esmeralda parpadeó y se apagó. El zafiro vibró con un tono que no era sonido sino algo que se sentía en los huesos. Las perlas del cetro empezaron a moverse dentro de sus engastes, girando lentamente como planetas diminutos que hubieran perdido su sol. Los rubíes ardieron con más intensidad durante tres o cuatro segundos y luego se apagaron de repente, como velas que el viento extingue al mismo tiempo.

Solo la amatista siguió brillando, con su violeta tranquilo y peligroso, hasta que también ella parpadeó dos veces y cedió.

Bruno intentó sostener el cetro.

Iñaki lo vio intentarlo: las manos apretadas alrededor del metal, los nudillos blancos, la postura de alguien que sabe que lo que sostiene se está rompiendo y sigue sosteniéndolo de todas formas porque soltar sería admitir algo que todavía no está listo para admitir.

Y entonces, entre los destellos del diamante que se fracturaba, entre la luz multicolor de todas las piedras liberándose al mismo tiempo, apareció la imagen.

Era pequeña y estaba hecha de la misma luz que todo lo demás en la cámara, así que al principio Iñaki no supo si era real o era un efecto más de las piedras. Pero tenía la forma de una niña. Tenía el mismo rostro que

había visto por un instante en el fuego del muro de rubíes: los ojos muy abiertos, la expresión de quien lleva mucho tiempo esperando ser visto.

Bruno la vio.

Y ocurrió algo que Iñaki no olvidaría nunca, no porque fuera extraordinario en el sentido de los fuegos artificiales y los truenos sino porque era extraordinario en el sentido de las cosas que revelan quién es alguien cuando ya no queda ninguna razón para fingir: Bruno Bracamontes, que llevaba veinte años en ese bosque construyendo un poder que podría haber destruido el mundo o rehecho el mundo o simplemente haber demostrado que la pérdida de Remedios no había sido en vano, extendió la mano hacia la imagen de la niña exactamente como un niño que busca a alguien en la oscuridad.

—Remedios —dijo, con la voz que habría tenido veinte años atrás, antes del bosque.

La imagen extendió también la mano.

Y en el momento en que los dedos habrían debido tocarse, el cetro terminó de fracturarse.

El sonido fue breve y total, como el sonido de una campanada que dura exactamente lo que tiene que durar y después deja un silencio más completo que el silencio anterior. Las piedras salieron disparadas de sus engastes en distintas direcciones. El diamante se partió en dos mitades perfectamente simétricas que cayeron al suelo de la cámara con un sonido sorprendentemente pequeño para la magnitud de lo que representaban. La estructura de metal se dobló sobre sí misma lentamente y quedó en el suelo como algo que fue importante y ya terminó de serlo.

La imagen de Remedios desapareció.

Bruno cayó de rodillas.

La torre entera se sacudió desde los cimientos hasta la cúpula, una sacudida larga y profunda que venía de debajo de la tierra y que Iñaki sintió en los pies y en las rodillas y en el centro del pecho. Las paredes de la cámara dejaron de pulsar. Las marcas grabadas en ellas brillaron durante un instante con la luz de todas las piedras liberadas y luego se volvieron simplemente piedra: vieja y oscura y sin ningún poder particular, la clase de piedra que existe en cualquier muro de cualquier edificio sin que nadie le preste atención.

Desde afuera llegó el sonido del bosque reaccionando.

Lejano pero audible: el sonido de raíces que se destensaban, de agua que comenzaba a fluir donde no había fluido en mucho tiempo, de ramas que se abrían hacia una luz que llevaban años sin recibir. No era un sonido alegre. Era el sonido de algo que ha estado enfermo durante mucho tiempo y empieza, muy despacio y sin ninguna certeza de que vaya a terminar bien, a recuperarse.

Iñaki se acercó a Bruno.

El hombre estaba de rodillas en el centro de la cámara, entre los restos del cetro y las dos mitades del diamante, con las manos vacías apoyadas en los muslos y la cabeza levemente inclinada hacia adelante. No lloraba. Tenía la expresión de alguien que ha llegado al final de algo y todavía no sabe qué viene después, que es la expresión más honesta que puede tener una persona en ese momento.

—Hay que salir —dijo Iñaki—. La torre no va a sostenerse mucho tiempo más.

Como para confirmarlo, una grieta recorrió la pared de la cámara de arriba a abajo con un sonido seco que no admitía malinterpretaciones.

—Vaya usted —dijo Bruno.

—Usted también.

—Vaya usted —repitió Bruno, con la misma calma de antes—. Tome el cofre. Está en el cuarto de abajo, en la pared norte. Lo he tenido allí todos estos meses.

—No voy a dejarlo aquí.

Bruno levantó la vista hacia Iñaki con una expresión que era mezcla de cansancio y de algo que podría haber sido gratitud si hubiera querido serlo.

—Algunas personas —dijo— se pierden tanto dentro de su dolor que ya no saben encontrar el camino de regreso. Aunque el camino esté allí. Aunque alguien se lo señale. —Hizo una pausa—. No porque no quieran encontrarlo. Sino porque llevan demasiado tiempo sin él y han olvidado cómo se camina cuando no hay bosque alrededor.

La grieta en la pared se ensanchó.

Iñaki permaneció donde estaba durante un momento que fue exactamente tan largo como podía permitirse, dadas las circunstancias. Miró a Bruno. Miró los restos del cetro. Miró las dos mitades del diamante en el suelo.

Luego se agachó y recogió las dos mitades del diamante y las guardó en el bolsillo junto al pañuelo de Alondra y el relicario de Alva.

Bruno lo observó hacer eso sin decir nada.

—¿Por qué? —preguntó al fin.

—Porque pertenecen al cofre —dijo Iñaki—. Aunque estén rotas.

Bajó las escaleras de la torre con Don Tacho a su lado. En el cuarto de abajo, en la pared norte, exactamente donde Bruno había dicho, encontró el cofre de sándalo apoyado contra la piedra sin ningún aparato especial de protección, simplemente allí, como una cosa que ha estado esperando en el lugar donde la dejaron.

Lo tomó con las dos manos.

Era más ligero de lo que esperaba. O quizás era que él era más fuerte que cuando había salido de la ciudad seis días atrás, que era la misma diferencia medida desde distintos extremos.

Salió de la torre.

Detrás de él, la torre comenzó a derrumbarse.

No de golpe, no dramáticamente. Primero fue la cámara superior, cuyas paredes cedieron hacia adentro con el mismo ritmo lento y deliberado con que todo en ese bosque ocurría. Después la escalera, que se desprendió en secciones. Después las paredes del cuarto de abajo, que cayeron hacia afuera en bloques de piedra que al llegar al suelo levantaron nubes de ceniza gris.

Iñaki no se volvió a mirar hasta que estuvo a cincuenta pasos de distancia.

La torre ya no existía. En su lugar había un montículo de piedra negra y raíces petrificadas y polvo, del que salía un humo muy fino y muy blanco que ascendía en línea recta hacia el cielo del bosque.

Don Tacho se sentó a su lado y miraron juntos el montículo durante un momento.

—¿Está allí? —preguntó Iñaki.

Don Tacho esperó un poco antes de responder.

—No lo sé —dijo honestamente—. No vi salir a nadie. Pero en este bosque hay maneras de salir que no requieren usar las puertas.

Iñaki asintió.

Miró el cofre de sándalo que sostenía. Las flores grabadas en la tapa seguían allí, pequeñas y precisas, creciendo hacia adentro como siempre. Lo abrió. Las piedras estaban dentro, en sus lugares, con esa luz que no era únicamente el reflejo de ninguna fuente exterior sino algo más propio y más quieto, como si después de todo lo que había ocurrido hubieran decidido brillar un poco más discretamente.

Añadió las dos mitades del diamante en el espacio que les correspondía.

Encajaban perfectamente, incluso rotas. La línea de fractura entre las dos mitades era tan fina que desde cierto ángulo casi no se veía. Desde otro ángulo era perfectamente visible, una cicatriz en la piedra más hermosa del cofre que nadie que supiera la historia habría querido borrar.

Cerró el cofre.

—¿Regresamos? —dijo Don Tacho.

—Regresamos —dijo Iñaki.

Y emprendieron el camino hacia el sur, con el bosque cambiando lentamente a su alrededor: las raíces que dejaban pasar, el agua que comenzaba a escucharse en algún lugar entre los árboles, la luz que se volvía gradualmente menos gris y menos pesada, como la luz de los días que mejoran después de haber sido difíciles, que no mejoran de golpe sino poco a poco, con la misma paciencia con que empeoran.

CAPÍTULO 10

El regreso y la verdadera joya

El Bosque de las Ermitas y la Ciudad de México. Octavo y noveno día.

El camino de regreso no era el mismo camino.

No porque el bosque lo hubiera cambiado, aunque también lo había cambiado. Sino porque Iñaki no era la misma persona que había entrado, y las personas distintas encuentran caminos distintos aunque caminen por el mismo suelo. Lo que antes había sido una serie de obstáculos dispuestos para detenerlo era ahora simplemente un bosque que sanaba, con todo lo que eso implica: lentamente, con retrocesos, con zonas que mejoraban antes que otras y zonas que todavía no estaban seguras de querer mejorar.

En la zona de las amatistas, las hojas habían dejado de caer con esa lentitud deliberada y peligrosa. Caían ahora con la irregularidad honesta de las hojas reales, que no siguen ningún plan porque no tienen ningún plan que seguir. El olor a flores nocturnas seguía allí, pero más suave, más parecido al olor de un jardín real que al olor de una trampa bien construida.

En la zona de los rubíes, el muro de fuego había desaparecido. Quedaban las líneas de llama en los troncos más ennegrecidos, pero apagadas ya, solo marcas de lo que habían sido, como las cicatrices en la corteza de un árbol que fue alcanzado por un rayo años atrás y siguió creciendo de todas formas. El calor que antes empujaba hacia adentro era ahora un calor ordinario de mediodía, el tipo que cansa el cuerpo pero no vacía la voluntad.

En la zona de las perlas, el río había recuperado el agua.

Esto fue lo que más detuvo a Iñaki.

Lo encontraron al doblar un recodo entre los árboles: el mismo cauce, el mismo ancho, las mismas orillas de piedra oscura. Pero el agua. El agua corría de nuevo, clara y rápida y completamente ordinaria, sin ninguna esfera blanca ni ningún sonido de dientes chocando. Solo agua que fluía sobre piedras y producía el sonido que el agua produce sobre las piedras desde que el agua y las piedras existen, que es uno de los sonidos más antiguos del mundo y uno de los más difíciles de apreciar del todo hasta que ha faltado.

Iñaki se detuvo en la orilla y miró el río durante un buen momento.

—Don Tacho —dijo.

—¿Sí?

—¿Crees que volverá a guardar las estrellas?

Don Tacho tardó en responder, que en él significaba que estaba tomando la pregunta en serio.

—No lo sé —dijo al fin—. Esas cosas tardan. El agua guarda memoria, pero recuperarla lleva tiempo. Quizás generaciones. —Hizo una pausa—. Pero el hecho de que vuelva a fluir es el principio. Sin fluir no puede guardar nada.

Cruzaron el río por las piedras que asomaban a la superficie, sin necesidad de cuerdas ni poleas ni sistemas de contrapesos, que es exactamente la diferencia entre un problema y la ausencia de un problema, que a veces es tan grande que resulta difícil de creer.

En la zona de los zafiros, la niebla seguía presente pero había cambiado de naturaleza. Ya no se movía con voluntad propia ni buscaba los oídos ni reproducía voces que no le correspondían. Era simplemente niebla de bosque, la clase que aparece entre los árboles en las mañanas frías y que no tiene ningún otro propósito que existir hasta que el sol la disuelve, que es un propósito suficientemente honesto para cualquier niebla.

—¿Ya no llama? —preguntó Iñaki, caminando entre la bruma.

—Ya no —dijo Don Tacho—. O si llama, llama tan bajo que nadie que no quiera escucharla puede escucharla. Que es lo mismo que no llamar.

En la zona de las esmeraldas, los senderos eran senderos.

Esto sonaba trivial y no lo era. Eran senderos que iban hacia donde parecían ir y llegaban donde prometían llegar, sin que las raíces aparecieran donde no debían ni las lianas se enrollaran en nada. El árbol del ojo seguía allí, con su grieta en forma de párpado y su hueco oscuro en el centro, pero no miraba a Iñaki con ningún interés particular. Era simplemente un árbol grande con una grieta que recordaba vagamente a un ojo, que es algo que ocurre en los bosques reales con cierta frecuencia si uno se fija lo suficiente.

Don Tacho se detuvo cuando el bosque empezó a aclararse hacia la linde.

Iñaki lo notó y se detuvo también.

—¿Hasta aquí? —preguntó.

—Hasta aquí —dijo Don Tacho.

Se miraron durante un momento. Iñaki sostenía el cofre de sándalo bajo el brazo izquierdo y con la mano derecha no sabía muy bien qué hacer, que es lo que le ocurre a la mano derecha cuando no hay nada que sostener y uno no ha decidido todavía si extenderla o simplemente dejarla al costado.

La extendió.

Don Tacho la miró. Después posó una pata delantera sobre ella con una brevedad que decía exactamente lo que necesitaba decir sin añadir nada que no hiciera falta.

—¿Estarás bien aquí? —preguntó Iñaki.

—He estado bien aquí durante mucho tiempo —dijo Don Tacho—. Ahora lo estaré un poco más, que es una diferencia considerable. —Retiró la pata—. Oye.

—¿Sí?

—Lo que le dijiste a Bruno. Que lo que había abajo iba a responder a la confusión de quien lo llamaba. —Don Tacho lo miró con sus ojos pequeños y oscuros—. ¿Lo creías o lo decías para detenerlo?

Iñaki pensó en la pregunta con la seriedad que merecía.

—Las dos cosas —dijo—. A veces lo que uno cree y lo que necesita decir son la misma cosa al mismo tiempo.

Don Tacho asintió levemente.

—Sigue —dijo—. Que todavía tienes camino.

Iñaki cruzó la linde.

Detrás de él, el bosque no cerró las ramas. Las dejó simplemente abiertas, como cualquier bosque real cuando alguien sale de él por el camino correcto, que es la única señal de que algo ha cambiado que importa de verdad.

El anciano Eustaquio estaba sentado frente a su choza cuando Iñaki pasó, con el mismo cuenco de barro entre las manos y la misma expresión de quien lleva mucho tiempo esperando algo sin saber si va a llegar.

—Volviste —dijo.

—Volví —dijo Iñaki.

El anciano miró el cofre bajo su brazo. Miró el bosque detrás de él. Miró a Iñaki.

—¿Y él? —preguntó.

—No lo sé —dijo Iñaki honestamente. Y explicó brevemente, con las palabras que tenía disponibles que no eran todas las que habría necesitado pero sí las suficientes, lo que había ocurrido en la cámara de la torre.

Eustaquio escuchó sin interrumpir. Cuando Iñaki terminó, el anciano permaneció en silencio durante un momento mirando el bosque.

—Hay personas —dijo al fin— que entran en los bosques oscuros de la vida y no encuentran la salida. No porque el bosque se las impida. Sino porque después de tanto tiempo adentro han olvidado que el afuera existe y que tiene algo que ofrecerles. —Bebió del cuenco—. Ojalá que no sea así con él. Pero no lo sabré. Y tú tampoco.

—No —dijo Iñaki.

—A veces hay que ser capaz de vivir sin saber el final de todas las historias —dijo Eustaquio, y en su voz había algo que podría haber sido sabiduría o podría haber sido simplemente los años, que a menudo producen el mismo efecto.

Iñaki siguió el camino real hacia el sur.

Llegó a la Ciudad de México al atardecer del noveno día, con las botas cubiertas de la tierra de distintas zonas del bosque mezcladas unas con otras, y el cofre bajo el brazo, y en el bolsillo el pañuelo de Alondra y el relicario de Alva y las dos mitades del diamante envueltas en un trozo de

tela que había encontrado en la bolsa de viaje sin saber exactamente cuándo había empezado a llevarlo.

Los criados que lo vieron llegar por el zaguán no dijeron nada durante un momento, que era la reacción correcta ante alguien que regresa de un lugar que la mayoría de las personas habría preferido no visitar.

Fue Abundio, el mismo muchacho que nueve días atrás había señalado la silueta de Bruno sobre el muro, quien se adelantó primero.

—Bienvenido, señor Iñaki —dijo, con la voz de quien ha practicado esa frase en varias versiones y ha elegido la más sencilla.

—Gracias, Abundio —dijo Iñaki.

Don Leopoldo llegó desde el salón principal cuando escuchó los pasos en el zaguán. Se detuvo en el arco y miró a Iñaki durante un momento con una expresión que no era la expresión del tutor que examina al pupilo ni era la expresión del hombre desesperado de nueve días atrás. Era algo más difícil de nombrar: el reconocimiento de alguien que creía conocer a una persona y acaba de descubrir que la conocía menos de lo que pensaba, que es una forma de descubrimiento que puede ser incómoda o puede ser un regalo, dependiendo de cómo se reciba.

Don Leopoldo cruzó el zaguán y tomó a Iñaki por los hombros.

No lo abrazó de la manera de la visión de las amatistas, con los dos brazos y sin reservas. Lo tomó por los hombros de la manera real: con ambas manos, firme, mirándolo a los ojos durante un momento en que todo lo que no se había dicho en seis años de convivencia medida y sobria buscó la manera de caber en un gesto que no tenía palabras pero que las contenía todas.

—El cofre —dijo al fin, mirando lo que Iñaki traía bajo el brazo.

—El cofre —confirmó Iñaki.

Doña Lucrecia recibió el cofre en el salón principal, sentada en la silla que siempre ocupaba en las recepciones, rodeada de los mismos espejos y terciopelos y perfumes que la noche del robo. Pero algo había cambiado en su manera de estar sentada: tenía una postura levemente diferente, no la postura de quien preside sino la de quien espera, que requiere más esfuerzo y más humildad.

Tomó el cofre con las dos manos.

Lo abrió.

Las piedras brillaban dentro con esa luz que no era el reflejo de ninguna fuente exterior, la misma que Iñaki había visto en la alcoba de la mansión nueve días atrás y que entonces no había sabido leer y ahora leía de otra manera: no como el brillo de la riqueza sino como el brillo de las cosas que han pasado por mucho y han sobrevivido y guardan la memoria de todo lo que les ha ocurrido.

Incluido el diamante, que estaba allí en sus dos mitades, con su cicatriz de fractura que desde cierto ángulo casi no se veía y desde otro era completamente visible.

Doña Lucrecia lo vio.

—Está roto —dijo.

—Sí —dijo Iñaki.

—¿Se puede reparar?

—No lo sé —dijo Iñaki—. Pero pertenece al cofre aunque esté roto. Y el cofre está completo aunque él esté roto. —Hizo una pausa—. A veces las cosas que han pasado por mucho no vuelven exactamente como eran. Vuelven como son después de lo que pasaron. Y eso también vale.

Doña Lucrecia miró el diamante durante un momento largo.

Luego hizo algo que Iñaki no esperaba: se limpió los ojos. No con aspavientos ni con el pañuelo que guardaba en la manga para las ocasiones sociales. Con el dorso de la mano, de manera sencilla, como quien reconoce una emoción sin necesidad de disculparse por ella.

—¿Qué necesitas? —preguntó don Leopoldo, que había entrado al salón detrás de ellos—. ¿Qué quieres que hagamos por ti?

Iñaki pensó en la pregunta con la misma seriedad con que había pensado en todo lo demás durante nueve días.

—Continuar mis estudios —dijo—. Y que alguien escriba lo que ocurrió. No para que todo el mundo lo sepa. Sino para que no se olvide.

—¿Y el resto? —dijo don Leopoldo—. Hay una deuda considerable que...

—El resto —dijo Iñaki— úsenlo para algo que importe.

Don Leopoldo lo miró durante un momento.

—¿Como qué?

—Hay huérfanos en esta ciudad. Hay enfermos. Hay viajeros pobres en los caminos. —Iñaki pensó en la figura de madera tallada junto a la raíz de la torre, con los brazos extendidos hacia adelante buscando algo que tocar—. Las piedras del cofre son hermosas. Pero la única manera de que sigan siendo hermosas es que no vuelvan a ser el centro de algo que hace daño.

Aquí Alondra y Alva, que habían llegado corriendo desde la casa vecina en cuanto un criado las había avisado, entraron al salón con esa mezcla de alivio y de análisis que era el modo de estar de cada una de ellas en cualquier situación que las importara.

Alondra lo miró durante un momento y no dijo nada, que era exactamente lo que Iñaki necesitaba de ella en ese instante: ser mirada con atención completa por alguien que no requería explicaciones para entender lo esencial.

Alva miró el cofre abierto. Miró el diamante partido. Miró a Iñaki.

—El relicario —dijo.

Iñaki lo sacó del bolsillo y se lo devolvió. Alva lo examinó brevemente, comprobó que el grabado del sol estaba intacto, y lo guardó.

—Funcionó —dijo.

—Funcionó —dijo Iñaki.

—Lo sabía —dijo Alva, con la voz de quien dice que sabía algo y efectivamente lo sabía.

Alondra se acercó y le extendió la mano. Iñaki sacó el pañuelo bordado del bolsillo y se lo entregó. Ella lo tomó y lo desdobló y lo miró un momento con una expresión que reconocía en él algo que había salido de sus manos y regresado habiendo estado en lugares que el pañuelo nunca había planeado visitar.

—Huele diferente —dijo.

—Ha estado en sitios con olores muy fuertes —dijo Iñaki.

—¿Está bien el olor?

—Sí —dijo Iñaki—. El olor del jardín sigue estando. Solo tiene otras cosas encima.

Esa noche, cuando la casa se aquietó y don Leopoldo y doña Lucrecia se retiraron y Alondra y Alva volvieron a la casa vecina y los criados apagaron las lámparas de los corredores una por una, Iñaki se quedó sentado junto a la ventana de su cuarto con una vela encendida frente a él y el relicario de Alva en la mano.

Lo abrió.

La llama de la vela se reflejó en el grabado del sol radiante con esa precisión suave de los espejos pequeños y honestos que devuelven exactamente lo que reciben. No más brillante. No más grande. Solo la misma llama, vista desde otro ángulo.

Pensó en Bruno. Pensó en Remedios extendiendo la mano en la luz del diamante. Pensó en Don Tacho diciéndole *llevo veinte años esperando que alguien llegara hasta aquí.* Pensó en el río recuperando el agua. Pensó en las huellas alrededor del precipicio que no regresaban.

Pensó en el diamante partido en el cofre, con su cicatriz de fractura que desde cierto ángulo casi no se veía.

Cerró el relicario.

Comprendió entonces algo que durante nueve días había estado formándose en algún lugar entre sus pensamientos sin terminar de tomar forma hasta ese momento: la claridad no consiste en destruir toda la oscuridad. La oscuridad no puede destruirse del todo porque forma parte de las mismas cosas que forman la luz, y destruir una destruiría la otra.

La claridad consiste en impedir que la oscuridad gobierne el corazón.

Que es una tarea que no termina nunca y que debe empezarse de nuevo cada mañana, como encender una vela: no para eliminar la noche sino para tener suficiente luz para ver lo que importa ver.

La llama de la vela parpadeó una vez.

Iñaki la dejó arder.

EPÍLOGO

El legado de la aventura

Ciudad de México. Semanas después.

La vida cotidiana regresó a la ciudad con la misma paciencia con que regresa siempre: sin anunciarse, sin pedir permiso, instalándose en los huecos que deja la historia extraordinaria como el agua se instala en los huecos que deja la piedra, poco a poco, sin prisa, hasta que parece que siempre estuvo allí.

Los mercados volvieron a abrir a la misma hora de siempre. Las campanas de las iglesias siguieron sonando con su desajuste familiar, la tercera levemente desafinada y el retraso de medio segundo entre la primera y la segunda que nadie había corregido en décadas porque ya formaba parte del sonido de la ciudad y corregirlo habría sido, de alguna manera, perder algo. Los arrieros recorrían el camino real hacia el norte y hacia el sur con sus mulas cargadas, y algunos de ellos comentaban entre sí que el bosque que quedaba a mano izquierda pasada la segunda legua parecía distinto últimamente, aunque nadie era capaz de decir exactamente en qué, que era la manera en que las personas describen los cambios que ocurren demasiado despacio para ser nombrados con precisión.

En la mansión de los Álvarez del Castillo, algunas cosas habían cambiado de manera visible y otras habían cambiado de una manera que solo notaban quienes las conocían bien.

El cofre de sándalo seguía en la alcoba de doña Lucrecia, sobre la misma mesa de caoba oscura donde siempre había estado. Pero doña Lucrecia ya no lo abría en las veladas para mostrar las joyas a los invitados, que había sido durante muchos años una costumbre tan establecida como el orden de los platos en la cena. Ahora lo abría a solas, en los momentos quietos de la tarde, y permanecía sentada frente a él durante un tiempo que variaba según el día. A veces cerraba la tapa sin haber sacado nada. A veces sostenía una de las piedras en la palma de la mano y la miraba con la expresión de quien intenta escuchar algo que se dice muy bajo.

Una vez, una sola vez, Remedios la doncella la encontró así y le preguntó, con la delicadeza de quien sabe que pregunta sobre algo que quizás no debería preguntar, qué escuchaba.

—No lo sé todavía —dijo doña Lucrecia—. Pero creo que si sigo escuchando, eventualmente lo voy a entender.

Don Leopoldo había iniciado, con una discreción que era característica suya incluso en sus mejores gestos, la distribución de una parte considerable de la fortuna de la familia hacia fines que la ciudad necesitaba y que nadie había tenido antes la iniciativa de financiar. Un orfanato en el barrio de Tepito que llevaba años funcionando con lo mínimo recibió fondos suficientes para reparar el techo, que llevaba dos temporadas de lluvias filtrando agua sobre las camas. Un médico de nombre Refugio Antuñano, que atendía a los enfermos pobres del rumbo de La Merced sin cobrarles nada desde hacía once años y que lo hacía con su propio dinero, que no era mucho, recibió una mañana un sobre sellado con el escudo de los Álvarez del Castillo que le permitió seguir haciéndolo durante varios años más sin la preocupación de quedarse sin recursos. Y en las posadas del camino real hacia el norte se instalaron, de manera silenciosa y sin que nadie reclamara el crédito, comedores donde los viajeros sin dinero podían comer una vez al día.

Don Leopoldo no habló de estas cosas en ninguna cena ni en ninguna visita. Pero Iñaki lo sabía, porque don Leopoldo se lo había dicho en privado con la misma sobriedad con que decía cualquier cosa importante, sin adornos y sin esperar respuesta.

—Las piedras son hermosas —le había dicho—. Pero tú tenías razón en lo que dijiste aquella noche. La única manera de que sigan siéndolo es que no vuelvan a ser el centro de algo que hace daño.

Iñaki había asentido.

—¿Te arrepientes de haberme enviado? —había preguntado.

Don Leopoldo lo había pensado un momento con esa honestidad suya que era, cuando se presentaba, una de sus mejores cualidades.

—Me arrepiento de no haberlo hecho yo —dijo—. Que no es lo mismo.

Alondra y Alva habían cambiado también, aunque de maneras que ellas mismas habrían descrito de manera diferente si se les preguntara por separado.

Alondra diría que no había cambiado nada, que ella siempre había querido aprender más de lo que los rituales del mundo en que vivía le permitían aprender, y que simplemente ahora había encontrado la manera de hacerlo. Estudiaba mapas con Iñaki los martes y los jueves, y libros de historia natural los sábados, y había empezado a llevar un diario que no era el tipo de diario que las jóvenes de su posición llevaban, lleno de descripciones de bailes y de visitas, sino un diario donde anotaba cosas que observaba y preguntas que todavía no tenía respuesta, que era exactamente el tipo de diario que resulta útil más adelante.

Alva diría que había cambiado todo, porque antes del asunto del cofre tenía una serie de ideas sobre cómo funciona el mundo y ahora tenía las mismas ideas más la certeza de que los materiales de los que está hecho el mundo, las piedras, el agua, la luz, la oscuridad, responden a la intención de quien

los usa, y que eso es algo que debería estudiarse con más seriedad de la que generalmente se le dedica. Había pedido a su familia acceso a los libros de ciencias que guardaban en el estudio del padre, que nadie leía desde que el padre había muerto hacía cinco años, y había empezado por los de mineralogía, que era una elección que en su caso no requería explicación.

En cuanto al Bosque de las Ermitas, las historias sobre él empezaron lentamente a cambiar de carácter.

Los arrieros que pasaban cerca de él decían que los senderos del interior ya no intentaban despistar a los caminantes que avanzaban con buen corazón, lo cual era una afirmación que nadie podía verificar del todo porque nadie con buen corazón y además con sentido común entraba al Bosque de las Ermitas sin una razón poderosa. Pero la sensación general, esa temperatura invisible que los lugares comunican a las personas que los frecuentan desde lejos, había cambiado de algo que se describe como amenazante a algo que se describe simplemente como antiguo, que es una diferencia considerable.

Algunos viajeros afirmaban haber visto, desde el camino real y en las horas de la mañana temprana cuando la niebla todavía no se había disipado del todo, una figura pequeña observando desde el borde del bosque antes de desaparecer entre los árboles. La descripción de la figura variaba según quien la contara, pero en todos los relatos había un detalle constante: la cola enrollada alrededor de las patas delanteras, en la postura de quien está sentado en un lugar que conoce bien y tiene toda la intención de seguir conociéndolo durante mucho tiempo más.

Iñaki escuchó esos relatos dos o tres veces en los meses que siguieron, siempre de segunda o tercera mano, siempre con variaciones que hacían imposible verificar si eran el mismo avistamiento contado de distintas maneras o distintos avistamientos que coincidían en lo esencial. Cada vez que los escuchaba pensaba brevemente en Don Tacho y luego seguía con lo que estaba haciendo, que era la manera correcta de pensar en alguien que está bien donde está y no necesita que nadie se preocupe por él.

El alguacil Pizarro, que había usado la palabra prudencia para decir que nadie perseguiría a Bruno Bracamontes, recibió algunas semanas después del regreso de Iñaki un informe anónimo que describía, con suficiente detalle y suficiente vaguedad al mismo tiempo para no ser completamente inútil pero tampoco completamente verificable, lo ocurrido en el interior del Bosque de las Ermitas. El alguacil leyó el informe dos veces, lo guardó en un cajón de su escritorio, y no volvió a mencionarlo. Que era, en este caso particular, la respuesta más razonable que podía dar.

De Bruno Bracamontes no había rastro.

Esto no era, en sí mismo, sorprendente: Bruno había pasado veinte años sin dejar rastro verificable excepto cuando quería dejarlo, que era una habilidad que probablemente no se pierde por haber perdido el cetro. Pero en los meses que siguieron al regreso de Iñaki no hubo en la ciudad ningún

robo de joyas con la firma particular de ese hombre, ninguna huella de hollín en ningún tejado, ninguna noche en que alguien afirmara haber visto una silueta delgada y ágil cruzando los tejados bajo la luna.

Lo cual podía significar que Bruno había muerto en la torre cuando se derrumbó.

O podía significar que había encontrado, finalmente, alguna forma de salir del bosque sin usar las puertas.

O podía significar ambas cosas o ninguna de ellas, porque hay historias que no terminan de una sola manera sino que se van terminando poco a poco, en distintos momentos y para distintas personas, y la parte que queda sin terminar no es un defecto de la historia sino su manera de seguir viviendo en quien la ha conocido.

Una noche de diciembre, con la ciudad fría y quieta y las primeras estrellas visibles entre las nubes altas del invierno, Iñaki estaba estudiando junto a la ventana de su cuarto cuando algo en el borde de su campo visual lo hizo levantar la vista.

Sobre el alféizar de la ventana, perfectamente visible bajo la luz de la vela, había una capa fina de ceniza.

No era la ceniza ordinaria de la chimenea, que tiene un color gris uniforme y un peso particular y un olor que la identifica inmediatamente. Era la otra clase de ceniza, la que Iñaki había aprendido a reconocer en la noche de noviembre en que todo había empezado: más fina, más clara, con esa capacidad particular de conservar durante un momento la forma de lo que había sido antes de ser ceniza.

La tocó.

Estaba levemente tibia.

Iñaki retiró la mano y levantó la vista hacia la oscuridad exterior. Las calles de abajo estaban tranquilas. Los faroles parpadeaban con el viento frío de diciembre. Las iglesias tenían sus torres contra el cielo con esa postura habitual de los edificios que llevan mucho tiempo en el mismo lugar y han llegado a la conclusión de que allí se quedarán.

Y en los tejados lejanos, en el límite entre lo que la luz de los faroles alcanzaba a iluminar y lo que quedaba en la oscuridad más allá, había algo.

No una silueta clara. No una figura identificable. Solo la posibilidad de que allí, en ese lugar exacto donde la luz terminaba y la oscuridad empezaba, hubiera algo que antes no había estado.

Iñaki lo observó durante un momento.

La posibilidad no se acercó ni se alejó. Permaneció donde estaba, en el límite, con la quietud de las cosas que no necesitan hacer nada en particular porque ya han hecho lo que tenían que hacer o todavía están decidiendo si lo harán.

Iñaki volvió a sus libros.

No porque no hubiera visto nada. Sino porque había aprendido, en nueve días de bosque y en los meses que siguieron, que la oscuridad no siempre está allí para ser enfrentada. A veces está simplemente allí, como parte del paisaje que incluye también la luz, y la manera de vivir con ella no es mirarla fijamente hasta que retroceda sino encender la vela que uno tiene y hacer con esa luz el trabajo que importa.

La ceniza del alféizar se enfrió lentamente durante la noche.

Antes del amanecer, el viento la llevó.

Y la ciudad despertó como despierta siempre, con sus campanas y sus arrieros y sus mercados y sus personas que van de un lugar a otro cargando sus propias historias sin saber exactamente cómo van a terminar, que es la condición ordinaria de vivir en el mundo y también, si se mira desde el ángulo correcto, la más extraordinaria de todas.

Porque incluso las piedras más hermosas pueden volverse peligrosas cuando el corazón humano olvida por qué deseaba la luz.

Y porque la única respuesta a ese olvido no es el poder ni el control ni el bosque que duerme esperando ser despertado por la intención correcta.

Es encender la vela.

Es empezar de nuevo.

Es recordar.